



Gregorio Romero y Larrañaga

# **Cuentos históricos, leyendas antiguas y tradiciones populares de España**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Gregorio Romero y Larrañaga

# Cuentos históricos, leyendas antiguas y tradiciones populares de España

Recuerdos de mi patria

## Introducción

Venid, venid en torno del Trovador que canta,  
hora que alumbra el fuego del chispeante hogar;  
veréis al dulce estruendo que su laúd levanta  
los siglos ya pasados su tumba abandonar.

Y enderredor girando de la sonante lira  
formar grupos diversos sus sombras en tropel;  
y humildes al aliento que al Trovador inspira  
veréis como se visten su púrpura o broquel.

Veréis tornarlos tiempos de magos y hechiceras,  
sus fábulas medrosas, su infiel superstición, 10  
con las querellar, graves, ensueños y quimeras  
de un pueblo, hasta en sus vicios de ardiente exaltación.

Veréis como se ostentan de nuevo gigantescos  
los fuertes y castillos de la época feudal;  
las góticas capillas, los templos arabescos, 15  
de los valientes moros recuerdo inmemorial.

Veréis las medias lunas en frente de las cruces  
flotando en las almenas, por cima del pendón:  
poblados los amenos dominios andaluces,  
de ejércitos que inflama su hermosa religión. 20

Veréis las diestras trazas, caballerosos lances,  
empresas e hidalguías de nuestra media edad,  
que hoy sueños nos parecen de lánguidos romances  
y que eran ¡ay! entonces magnífica verdad.

Veréis rasgar las nubes los célebres azores 25  
y allá en sus cetrerías sesteando el paladín:  
la altiva castellana desde altos miradores,  
oyendo de sus pajes el suave bandolín.

O ya las romerías de amantes peregrinos  
que buscan de sus almas la paz en su Patrón; 30  
o ya las aventuras de infames asesinos  
que cruzan en las noches por medio del turbión.

Sabréis los altos hechos maravillosos, grandes  
de mil hijos de España, su orgullo y su sostén,  
que allá en la culta Italia, y en la guerrera Flandes 35  
ciñeron de laureles su generosa sien.

Las fiestas populares, curiosas ya por viejas  
veréis con sus estilos de rancia antigüedad:  
las doctas tradiciones, leyendas y consejos  
que fueron otros días pasmosa realidad. 40

Acaso si algún hijo de playas españolas  
sus lances de fortuna pasó de allende el mar,  
también navegaremos por las revueltas olas  
que van del reino extraño la arena a salpicar.

Y tanto que aun crucemos las mágicas florestas 45  
que Atala con sus ayes tristísimos hirió,  
en pos de las historias risueñas o funestas,  
que allá en sus soledades el tiempo sepultó.

Corred, bellas, sentaos en torno de su lira,  
mirad por ese prisma que aclara la ilusión: 50  
su patria, España hermosa, su corazón admira,  
que beba en vuestros ojos la dulce inspiración.

Le basta en recompensa, si alguna vez contando  
lances que ya ha sentido por ciertos vuestro amor,  
cerráis su pobre historia, llorosas recordando 55  
el canto misterioso del dulce Trovador.

Lucrecia la de Sevilla  
Leyenda caballeresca del siglo XVI

En una tarde de abril,

deliciosísima tarde,  
no tengo presente el año  
pero muchos años hace;  
en la vega deleitosa 5  
del humilde Manzanares  
río pobre en sus corrientes,  
pero en su renombre grande,  
pues su orilla es celebrada  
por ser cuna favorable 10  
de las hermosas, según  
nacen en ella deidades;  
que aunque sólo en el Oriente  
las circasianas encanten;  
y aunque no hay tan bellos ojos 15  
como son los orientales;  
aunque Málaga y Jerez  
sin ser del Oriente parte,  
son en materia de hermosas  
fuentes ricas y abundantes; 20  
y pasan las de Granada  
por ser hurís celestiales,  
y las damas de Valencia  
por las damas más notables;  
las arenas de este río, 25  
el imperio se reparten  
en punto a mirar hermosas,  
en sus mágicos raudales.  
Y no extrañéis que prodigue  
encarecimientos tales 30  
a las bellas de mi patria;  
que no fueran disculpables,  
a no ser tanto el hechizo  
de sus ojos virginales,  
las demandas y tragedias 35  
que desde añejas edades  
por alcanzar un suspiro  
bañaron su suelo en sangre.  
En aquella hora del día  
en que los rojos celajes, 40  
ciñen un lazo de fuego  
sobre la frente gigante  
del horizonte extendido,  
y en que variados cambiantes  
tornasolan en las aguas 45  
brilladoras y fugaces,  
los últimos rayos tibios

de un sol, que en destellos suaves  
va prodigando su luz  
a los montes y a los valles, 50  
gozándose en detener  
su cabeza agonizante  
mayor tiempo, por mirar  
el mundo de donde parte,  
en ese momento, pues 55  
de armonía inimitable  
en que parece que el ruido  
de las ondas es más fácil,  
el olor de las praderas  
más sentido y agradable, 60  
más blando el son de las ramas,  
más triste el son de los aires,  
más rico el manto de flores,  
más amorosas las aves,  
dos damas están sentadas 65  
del pobre río en la margen.  
Las olas leves, parece  
que entre sus pies se deshacen,  
y así el tocar en la orilla  
es sólo para besarles; 70  
porque acaso agradecido  
el río, querrá pagarles  
con la espuma que salpica  
sus mantos cual blanco encaje,  
el ver que aumentan sus ojos, 75  
la copia de sus caudales.  
La más hermosa, y por cierto  
que la que es más no se sabe,  
pues de ambas celoso el sol,  
se hundió en el ocaso aun antes, 80  
es morena, alta y delgada,  
de graciosos ademanes.  
Las azucenas y el lirio  
en el color de sus carnes  
su pura esencia confunden 85  
en graduación admirable.  
La sonrisa es hechicera,  
tan bella, y tan insinuante,  
que los amores dichosos  
sus nidos en ellas hacen. 90  
No es mucho en concha de perlas  
y entre un ramo de corales  
que anide amor, si otra concha  
fue la cuna de su madre.

Sus ojos son dos estrellas; 95  
cuando en luz agonizante,  
vierten tranquilas miradas,  
no hay alma que no desmaye,  
y en su lumbre moribunda,  
no tema que al fin se apague 100  
un corazón tan hermoso  
que despide albores tales;  
cuando fogosas e inquietas,  
en fuego inspirado se arden,  
se espera que sus dos soles 105  
todo el universo abrasen.  
Sus maneras, aunque nobles,  
son atrevidas y audaces:  
su edad, la del rostro apenas  
cinco lustros la señale; 110  
más se presume en razón  
que de siete lustros pase.  
Su amiga es joven y hermosa,  
tan sencilla, tan amable  
que acaso sirvió en sus sueños 115  
al pincel de Miguel Ángel  
para sus vírgenes bellas,  
de tierna y divina imagen.  
-«¿Y dices tú, dulce amiga,»  
la preguntó con donaire 120  
la niña de azules ojos  
a la dama, «qué le hablaste  
a ese señor don Gonzalo,  
por primera vez en Flandes?»  
-«Camila, sí.» -«¿Por qué lloras? 125  
¿Es, Lucrecia, inconsolable  
tu dolor? ¡Poco en mí fías  
pues me ocultas tus pesares!  
Si ellos no admiten remedio  
no busco yo remediarles, 130  
que hay penas en que el llorar  
es lo que más satisface.  
Pero al menos, ya que sé  
que te lastiman tus males,  
quiero mezclar mis suspiros 135  
con el clamor de tus ayes.»  
La estrechó entonces Lucrecia  
contra su seno oscilante;  
y no quedarán aquí  
de su afecto las señales, 140  
a no reparar las gentes

que se paran a observarles.  
Que aunque buscaron de intento  
el más oculto paraje,  
y de la fiesta y bullicio, 145  
el que hallaron más distante,  
como es noche de verbena  
fluctúan por todas partes  
las parejas y los grupos,  
de las danzas populares. 150  
Y es tan crecido el tropel,  
que embaraza lo bastante  
para tener por estrechas  
las anchas extremidades  
del soto ameno y frondoso; 155  
y para que así se ensanchen,  
como las olas de un mar,  
a límites tan distantes  
de la sagrada capilla  
de S. Antonio, al que aplauden, 160  
y por quien es la verbena,  
la concurrencia, y los bailes.  
Son tan añeja costumbre  
en ciertas festividades,  
a guisa de romería, 165  
estos campestres solaces,  
que en ellos lo más florido  
de la corte se distrae.  
Jamás se falta a lo honesto  
en punto de libertades, 170  
las bellas damas platican  
con los garridos galanes;  
el rebozo no embaraza,  
ni se torna por ultraje,  
que los que no se conocen 175  
allí se miran y se hablen.  
Las dueñas allí no acechan,  
ni son espías los pajes,  
que el campo y la noche dan  
extrañas seguridades. 180  
Y como no hay atrevidos  
que el mudo recato asalten,  
se admiten cortesánías,  
sin responder con desaires;  
y requiebros, y los dulces, 185  
del primero que los mande.  
Y así, excusando algún duelo  
entre donceles rivales,

(lo que mención no merece,  
donde los hay tan amantes, 190  
y haber cursado los más  
en las escuelas de Marte,  
donde aun les cabe por gala  
hacer del valor alarde.)  
Jamás tamañas licencias 195  
causaron temeridades.  
Y el no encontrar, con las damas  
quien se atreva a propasarse,  
es que acaso les contenga,  
que haya tantos capitanes, 200  
caballeros tan cumplidos,  
que no excusaran mil lances  
por vengar en los villanos  
sus licencias y desmanes.  
Pusieron en pie las damas, 205  
y con lentos pasos graves,  
tomaron por el camino  
que al campo del Moro sale.  
La confusión de las gentes,  
la variedad de los trajes, 210  
ni una mirada las roba  
ni de su andar las retrae;  
y eso, que son tan vistosos  
que causa hechizo mirarles.  
Sombreros de larga falda, 215  
con retorcidos plumajes,  
anchas valonas caídas  
sobre los coletos de ante.  
Ya capotillos airosos  
ferreruelos y gabanes: 220  
ya capas de inmenso vuelo  
que hasta sus espuelas caen.  
Botas de fieltro con vueltas,  
en casi la mayor parte;  
y medias de mil colores 225  
lazos, cintas, alamares:  
cruces de ser caballeros,  
a medio codo los guantes,  
y asomando por el cinto  
del puño los gavilanes, 230  
todo esto da a los hidalgos  
cumplido y marcial realce.  
Las camisolas rizadas,  
de las damas, los encajes  
de las golas, que en cañones 235



sin que su cuello embaracen  
forman un blanco dosel  
en que sus rizos descansan,  
que en trenzas cortas les cuelgan  
partidos en dos mitades; 240  
jubones acuchillados,  
petos de punta adelante  
sendas sayas de Cambray,  
tocas tan largas que arrastren,  
negras porque entre ellas más 245  
su blanca color resalte,  
completan de aquella escena,  
el movimiento incansable,  
y del cuadro pintoresco  
el mágico paisaje. 250  
La campana de la ermita  
da las seis. Luces errantes  
van de pronto apareciendo,  
entre los verdes ramajes  
de los troncos populosos, 255  
de que cuelgan los cristales  
de los pintados faroles  
que las luminarias traen.  
Puéblase el campo de luces,  
y el crepúsculo agradable 260  
va enmarañando las sombras  
porque alumbren más brillantes.  
De pronto se oyen ruidosos,  
confusos gritos mezclarse,  
y un eco formaron ronco 265  
que turbó la paz del valle,  
«¡Fuego! ¡Fuego!» -Otras cien voces  
lo repitieron distantes.  
La campana de la ermita  
tocó a rebato; y voraces 270  
poco después ya las llamas  
sobre la techumbre salen.  
En aquel punto, cruzaban  
tan cerca de sus umbrales,  
las dos damas, que por fuerza, 275  
bajo sus mismos pilares  
el gentío que avanzaba,  
las obligó a refugiarse.  
A poco tiempo, observaron  
que un doncel de buen semblante, 280  
mozo en años, bien dispuesto,  
vigoroso, atento, y ágil,

una mujer desmayada  
sobre sus hombros de Adlante  
sostenía, procurando, 285  
cual rauda y velera nave  
que rompe las rudas ondas  
de los tormentosos mares,  
traspasar aquel tropel  
de la turba innumerable. 290  
Le vio Lucrecia al pasar;  
y creyendo desmayarse  
apoyó en su tierna amiga  
la pálida sien. -«¡Ah! ¡infame!»  
(Gritó con furia.) ¿Le ves? 295  
¡Es Federico!... ¡Es su amante  
sin duda! -Es verdad; es tu hijo.  
-¡No, Camila; no le llames  
hijo mío! -¿Cómo no?  
-¿Cómo es hijo de otros padres! 300  
¡Mas ah! sigamos sus pasos,  
si no quieres que me mate  
el pesar: que ya sabrás  
historias ¡ay! que te pasmen.

- II -

Don Juan, don Luis, ¿qué he de hacer? 305  
Aconsejadme por Dios;  
si amigos me sois los dos  
ampararme es un deber.  
-Federico, bien seguro  
de nuestra amistad os veis; 310  
y pruebas grandes tenéis  
de que es franca: os aseguro,  
que mi opinión es volverla  
a sus padres, y aliviar  
de esta manera el pesar 315  
que habrán sentido en perderla.  
-Lo mismo imagino yo.  
-Don Luis, en vano. -¿Por qué?  
-Mil cosas la pregunté  
y a nada me respondió. 320  
Llegando a tanto el dolor  
de la infelice señora,  
que a un nuevo desmayo ahora  
quedó rendida, y mayor.  
-Pero, ¿y nada habéis sabido 325  
de sus padres? -No, don Juan.  
-¿Ni averiguó vuestro afán

tampoco donde ha vivido?

-Ni aun ella misma lo sabe,  
pues es aquí forastera: 330  
ayer llegó. -¡Quién pudiera  
remediar lance tan grave!

-Lo que sí puedo deciros,  
que postrada al accidente  
hablaba lánguidamente 335  
entre quejas y suspiros;

y sea delirio, o sea  
que en él pensaba, ¡ay de mí!  
Dos veces, «Guevara» oí,  
y después «Lope de Urrea.» 340

-Un don Gonzalo Guevara  
servía en mi regimiento.

-Guevaras conozco ciento.  
Esto el empeño no aclara.

-El caso es que una doncella 345  
joven hermosa y honrada,  
se encuentra en una posada;  
y un mozo, y doncel con ella.

Y que es tan fácil manchar  
de la honra el limpio crisol, 350  
como difícil al Sol  
su lumbre hermosa apagar.

Mi edad, mi genio vehemente,  
y aun mi marcial profesión,  
darán mayor ocasión 355  
a ese vulgo maldiciente.

En fin que si aquí se hospeda  
dirán la dejo afrentada:  
y que su fama de honrada  
sobre mi lecho se queda. 360

-Si no sabéis donde mora,  
ni si tiene deudo o padre,  
¿qué otro medio habrá que os cuadre?  
-Eso es lo que el alma ignora.

-Y aunque la llevarais ya 365  
a encomendarla al Mayor  
de nuestros tercios, su honor  
no por eso ganará.

Pues no será menos cierto  
que en vuestro lecho durmió, 370  
y que un Doctor la sangró.

-¡Gracias a él que no haya muerto!

¡Mas ah! debí preferir  
que expirase... -¡No, no amigo!

-A que la viese un testigo... 375  
-Un testigo, que a decir  
la verdad, sólo dirá,  
que os vio asistirla en efeto,  
y que le admiró el respeto  
con que la hablasteis. -¡Quizá! 380  
Mas, confesad fue imprudencia.  
¿No es verdad, don Luis? -Yo no  
la tengo por tal. -Ni yo;  
si no precisa asistencia,  
fue entonces imprudente acaso 385  
quien por salvar una dama  
desmayada, entre la llama  
se abrió con valor el paso,  
con tal riesgo de su vida,  
que aunque la ayudó tan luego, 390  
¿quedó ceniza del fuego  
su toca ya consumida?  
-¡Es verdad: don Juan, don Luis  
cual mi dolor consoláis!  
¿Mi proceder disculpáis? 395  
-Sin razón os afligís.  
¿Largo tiempo no estuvimos  
junto a la ermita esperando  
que la vendrían buscando,  
hasta que al fin, conocimos 400  
que era exponerla a la muerte  
prolongar ya mayor rato  
el convulsivo arrebato,  
de un paratismo tan fuerte  
pues si todo esto es verdad, 405  
vivid con ella tranquilo;  
que en prestarla un noble asilo  
no afrentáis su calidad.  
Y además, sin que esto pase  
ni aun a consejo siquiera; 410  
y si tanto os condoliera  
que su honor se mancillase,  
bien sabéis por cosa llana  
que hay reparación vistosa,  
con llamarla vuestra esposa: 415  
Federico, hasta mañana.

- III -

Son las diez del otro día,  
y aún el rumor de la fiesta  
se escucha del Manzanares,

en las frondosas riberas. 420  
Mas ya la gente cansada  
de pasar la noche en vela,  
mustia, ojerosa, y rendida,  
forma dos anchas hileras  
al retirarse en tropel 425  
por el largo de la cuesta,  
que por nombre inmemorial  
se llama la de la Vega;  
donde el cubo ennegrecido  
de un corto lienzo de almena 430  
la imagen de aquella virgen  
soberana representa,  
que ahuyentó de la morisma  
las escuadras altaneras.  
La ermita del Santo, está 435  
casi la mitad por tierra;  
Y aún las quemadas paredes  
en los montones humean.  
Junto a los negros escombros,  
solos dos hombres pasean; 440  
y alguna vez sus miradas  
entre furiosas y tiernas,  
se clavan por un momento  
en aquel montón de piedras,  
cual si pensaran hallar 445  
alguna reliquia entre ellas.

El traje que visten, es,  
de personas de gran cuenta,  
según dicen los aromas  
de sus guantes y melenas, 450  
y según reluce el oro  
de los pinchos de su espuela.

Ancianos son; y uno de ellos  
acaso demás lo sea,  
pues el peso de los años, 455  
rinde su blanca cabeza,  
que escasa de nobles canas  
sobre el colete se asienta,  
hasta que impide la barba  
que más adelante venga; 460  
semejando un tronco añoso  
que ha encorvado la tormenta.

El otro es fiero y erguido,  
y su porte y gentileza  
desmiente el rugoso sello 465  
de su frente macilenta.

Altivo levanta el rostro  
como haciendo alarde muestra  
de dos ojos, que aunque ocultos  
bajo sus pobladas cejas, 470  
fingen dos vivos volcanes,  
que entre nieve centellean.  
Azules son, por formar  
armonía más perfecta  
con la color sonrosada 475  
de sus mejillas aún frescas.  
Dos horas van de silencio,  
y dos horas que no cesan,  
de recorrer los escombros,  
y de mirar sus arenas; 480  
y en tan rara suspensión  
ignoro cuanto estuvieran,  
a no llegar un soldado  
y entrégales una esquila.  
El más anciano, leyó, 485  
del sobre escrito las señas.  
«De una amiga, a don Gonzalo  
de Guevara, Artel y Urrea.»  
Recorrió con avidez  
las breves líneas que encierra; 490  
prosiguió de esta manera.  
«El ser Urreas los dos  
me hizo tomar la licencia  
de ver la carta, sin ver  
que a don Gonzalo es la muestra, 495  
pero me huelgo ser ya  
quien os dé tan buenas nuevas,  
y exijo de vos albricias  
por las que a mi parte quepan.  
Vive Eloísa. -¡Es posible! 500  
-Con un doncel se aposenta;  
y aseguran que la trata,  
con respeto y con decencia.  
-Ah señor, dejad al menos  
que alguna lágrima viertan 505  
estos ojos, ya que tantas  
mi fiel corazón anegan.  
Gracias, mil gracias os doy.  
¡Quién duda de Dios blasfema!  
-¡Sí, don Gonzalo; no falta 510  
al triste la Providencia!  
Ahora preparad el alma,  
don Gonzalo, toda entera,

para aposentar su dicha,  
y aun dudo que la contenga. 515  
¿Conocéis una señora  
de Sevilla? -¡Ah... sí! -¿Lucrecia?  
-Ese es su nombre, don Lope.  
¿Y esta carta? -Es cierto, es de ella.  
-Dadme. -Tomad, y advertid 520  
si es vuestra dicha completa.  
-¿Cómo? ¡Mi hijo! ¡mi hijo amado,  
me prometen que le vea,  
y que hoy mismo, entre mis brazos  
le estrecharé con terneza! 525  
Corramos, señor, corramos,  
porque temo de mi estrella  
según fue siempre enemiga,  
que dejó de serme adversa  
porque al darme un desengaño 530  
me mate así más apriesa.  
Este hijo amado, fue el fruto  
de mis pasiones primeras;  
el que he llorado perdido  
desde que nació a la tierra: 535  
¡cuyo recuerdo alentaba  
mi entusiasmo en la pelea;  
por quien estimaba tanto  
mis títulos y riquezas!  
Como era hijo natural, 540  
me instaba aun más la conciencia  
a que pagase en el hijo,  
lo que le resté por deuda  
a su madre, en no elegirla  
por mi esposa, y compañera. 545  
Mas ya sabéis se terció  
de mi amor en competencia  
aquel alférez francés;  
y aunque se quedó en sospechas,  
para un hombre como yo 550  
bastaba sólo tenerlas.  
Cesaron nuestros amores,  
partiose altiva y resuelta  
aquella mujer llevando  
el fruto de nuestras penas, 555  
sentida en que la ofendí  
cuando dudé de quién era.  
Y aunque después procuré,  
sin excusar diligencias,  
averiguar su retiro, 560

se ocultó de tal manera  
que aun me ha dejado, ¡ah cruel!  
ignorar de su existencia.  
Llegando a tan alto punto  
su energía o su soberbia, 565  
que algunas cuantiosas sumas  
que giré sobre Venecia  
(pues sospeché que en su patria  
acaso algún deudo tenga,)  
a su nombre, con el fin 570  
de prevenir su miseria  
a favor de un Federico  
he sabido dejó impuestas  
en el banco, y sin tocar  
ni un escudo de las letras. 575  
¡Y acaso ese Federico  
será la perdida prenda  
de un amor que quince inviernos  
en mi corazón no hielan!  
Don Lope no creo en esto 580  
que vuestro respeto ofenda,  
pues de caberos mancilla,  
me cabría a mí la misma.  
Dígoles porque ya somos  
deudos los dos tan de cerca, 585  
como lo está el que es esposo  
de la inocente hija vuestra.  
Que aunque no hace un sol cumplido  
que nos enlazó la iglesia,  
y aunque a poco de ser mía, 590  
nos sucedió su tragedia;  
corre ya vuestro apellido  
con el mío de mi cuenta.  
-Don Gonzalo, vanas son  
aquí excusas ni protestas. 595  
No puede extrañarle a un padre  
de otro padre la flaqueza;  
y yo por mí, os aseguro  
que en extremo me interesa  
hagáis legítimo al hijo, 600  
por acallar la conciencia.  
-¿Y Eloísa que dirá?  
-Es mi sangre. -¡Que grandeza!»  
A largo paso subieron  
del Alcázar por la senda 605  
que cruza el campo del Moro  
al cubo de la Almudena.



- IV -

Perdón, Señora, perdón.

-¿Por qué no me ha herido un rayo  
si el volver de mi desmayo 610  
es por ver mi perdición?

Caballero fementido...

-Señora. -De ruin linaje;  
¡no valía tu hospedaje  
mi pobre honor que has perdido! 615

Dejárame allí morir,  
inocente y desdichada:

¡porque vivir afrentada,  
me es imposible vivir!

¡Noble hazaña de un león, 620  
esperar a que durmiera

la tierna y blanca cordera  
para herir su corazón!

¡Ay de mí! ¿sabes quién soy,  
y que esta pobre mujer, 625

la más venturosa ayer  
es la más infeliz hoy?

-Nada sé, sino que os vi:  
y en mal hora debió ser  
pues en tus ojos ayer 630  
alma y sentidos perdí.

¡La soledad, el secreto,  
tu hermosura y la ocasión  
triunfaron de un corazón,  
que era noble, lo prometo! 635

¡Pero fue débil contigo,  
por mengua y desdicha mía;  
mi conducta ha sido impía,  
y yo también la maldigo!

Y si deseas vengar 640  
la amargura de tus penas,  
con la sangre de mis venas  
yo te la quiero comprar.

¡Mas si otro remedio alcanza,  
que yo tendré a gran favor, 645  
concédeme de tu amor  
la lisonjera esperanza!

Mi vida te sacrifico;  
a tus pies quiero expirar  
si rehúsas perdonar 650  
a un esposo en Federico.

-¡Imposible! ¡ah! ¡desdichado!

-Soy aunque hijo natural,  
caballero principal  
que en la lid me he conquistado 655  
un nombre que no tenía,  
y un blasón en mi cuartel;  
¡en cuanto a adorarte fiel  
no haré mucho, hermosa mía!  
    Respóndeme; ¡sí, por Dios! 660  
¿Quieres seguirme al altar?  
-¡Cielos! ¿No oíste llamar?  
-Un golpe han dado: ahora dos.  
-Ya suben. Pienso que sí:  
¡y aún de armas se escucha el ruido! 665  
-¡Cielos! ¡Él! -¿Quién? -¡Mi marido!  
-¡Su marido! ¡La perdí!

- V -

    Lucrecia, Señora, os digo  
que me aterra vuestra vista:  
¡que sois el ángel del mal 670  
que se goza en mis desdichas!  
-Federico, cesa, cesa,  
que te enfurecen tus iras;  
y el hacer llorar un alma  
tan débil como la mía, 675  
no es de tu buen corazón  
empresa gloriosa y digna.  
-¿Pero qué te hice, mujer  
para que así me persigas?  
¿Por qué te gozas en ver 680  
que he perdido mi Eloísa?  
Y lo que es más, ¿por qué fuiste  
tan cruel, tan mi enemiga,  
que el que lo avisó a su esposo  
fuiste, señora, tú misma? 685  
¿Eras tú la que por madre  
me hiciste adorar un día?  
¿La que los sueños dichosos  
de mi inocencia tranquila,  
llorando junto a mi cuna, 690  
en amorosa vigilia  
guardabas con tierno afán,  
temerosa por mi vida?  
¿Fuiste tú la que en tus brazos  
entre amorosas caricias 695  
puras, porque entonces lo eran  
las que yo te merecía,

hiciste apuntar el bozo,  
con tus hermosas sonrisas  
sobre mis labios de niño 700  
que tu nombre bendecían?  
¡No, no eres tú, por desgracia,  
la sensible y dulce amiga  
que gravó en mi corazón  
de la virtud las semillas! 705  
¡Sin duda que sueños son  
de mi loca fantasía,  
aquellos tiempos perdidos  
de tan sublimes delicias!  
Que como sueños felices 710  
tan brevemente se olvidan;  
y como en la edad del niño  
la ilusión todo lo anima;  
por eso el que la recuerda  
la recuerda tan divina, 715  
mas no puede asegurar  
si fue verdad o mentira.  
-¡Federico, ah! Federico;  
no sabes cuánto lastiman  
el alma de una mujer 720  
las quejas de la injusticia.  
Todos esos que recuerdas  
sueños de glorias perdidas,  
fueron verdad, como son  
verdaderas tus perfidias. 725  
Si gozas en que otra vez  
los azares te repita  
de mi historia desdichado,  
gózate pues en oírla.  
Sabes que noble nací, 730  
mas los cielos de Sevilla  
dieron un alma de fuego  
en el cuerpo de una niña.  
Las guerras de Flandes, fueron  
pronta ocasión de mi ruina, 735  
pues me robaron mi padre.  
Huérfana, pobre, sin guía,  
entregué mi corazón  
a la ventura. Benigna  
dispuso entonces mi estrella, 740  
que fuese un hombre de estima,  
don Gonzalo de Guevara  
y Urrea, en la infantería  
española capitán,

quien con honrosa hidalguía 745  
de mí se compadeciese  
alzándose tan arriba,  
que ya iba a hacerme su esposa  
aunque para él tan indigna.  
Celos injustos causaron 750  
desazones imprevistas;  
y el orgullo en las mujeres,  
que es planta que no se inclina  
cuando injustamente hollado  
por tierra se les derriba, 755  
me decidió a separarme  
de sus recelos sentida,  
aunque era madre, y aunque era  
aquella ocasión propicia,  
para esperar que su mano 760  
legitimase cumplida  
el fruto de unos amores  
que dieron flor entre espinas.  
-Lucrecia, Lucrecia, y bien,  
¿soy yo ese hijo? ¡ah! No prosigas 765  
sin descifrarme aquí mismo  
tan interesante enigma.  
-Ofrezco decirlo, sí.  
-Pues a que aguardas remisa.  
Una palabra te basta, 770  
una sola: ¡dila!... ¡dila!  
-¡Federico! -¡Ya conozco  
que no lo soy! ¡No querría  
una madre ver el ansia  
que mi pecho martiriza! 775  
Estas lágrimas ardientes  
en su seno caerían,  
y ahogaran su triste voz.  
¡Oh! ¡que el cielo te maldiga!  
-¡Maldecirme! ¿por tu boca? 780  
Esa sentencia retira,  
¡por Dios! ¡por mí, Federico!  
¡Por tu madre! -¿Me suplicas?  
¡Sí: levanta: ha sido injusta  
mi cólera; ha sido impía! 785  
¡Yo maldecirte! ¡Jamás!  
Mas consiente me despida.  
-Espera. -¡Esperar! ¿lo mandas?  
Obedezco todavía:  
porque no he de darte causa 790  
para que ingrato me digas;

y porque la vez postrera  
ha de ser... Toma una silla.  
-No intento cansarte más  
con mis querellas prolijas; 795  
ni con engaños tampoco  
merecer tu idolatría.  
¡No soy tu madre! -¡Ah! ¡Lucrecia!  
-Por esto no soy indigna  
ni me avergüenzo tampoco 800  
del cariño que me inspiras.  
Yo he besado tus melenas  
cuando en mis brazos dormías,  
y han calentado mis ayes  
tus macilentas mejillas. 805  
Yo me he gozado en formar  
tu generosa alma altiva,  
y en fecundar tus talentos  
con todo cuanto sabía.  
Tú has sido mi amor, mi orgullo; 810  
y el que fueses maravilla  
de otras madres, el anhelo  
que mis sueños embebía.  
Con la edad y con los años  
que ocasionan la malicia, 815  
juzgué que era más que amor  
mi maternal simpatía.  
Temí sondar en el alma  
la oculta y tremenda herida  
recelosa de encontrar 820  
añejo el mal que la excita.  
Sí, Federico, mi afán,  
era un amor que encubría  
bajo el velo de la madre  
una pasión homicida. 825  
Tú eras libre; mi esperanza  
por no morir tan aprisa  
esperó, y siguió esperando,  
hasta aquella de agonía  
noche horrenda, en que te huiste 830  
de mi casa, y en las filas  
de los tercios españoles  
que en Italia combatían,  
te enganchaste; ¡prefiriendo  
la muerte atroz en la liza, 835  
al amor de una mujer  
que por tu madre tenías!  
Si la razón saber quieres

de hallarte en mi compañía,  
fue morírseme aquel hijo 840  
en cuyos ojos vivía;  
y procurando calmar  
mi pesadumbre excesiva  
tu madre. -¿Mi madre? -Sí.  
Pobre, aunque honesta y sencilla, 845  
casada con un soldado  
muerto en las guerras de Hungría.  
-¡Padre mío! ¡Ah! sí, Lucrecia,  
sólo nombrarlos me alivia.  
¡Lucrecia! ¡Dios poderoso 850  
por su memoria os bendiga,  
y por el bien que causáis  
al huérfano! -¡Se moría  
vuestra madre, y preveyendo  
en mis ojos que os pedían, 855  
para consuelo en mis penas,  
os colocó en mis rodillas,  
y a poco expiró! -¡Ah! ¡mi madre!  
¡Yo buscaré tus cenizas!  
-Fueron tan fácil remedio 860  
a tornarme la alegría  
tus inocentes cariños  
que ocultando no existía  
mi propio hijo, en su lugar  
te hice pasar a la vista 865  
del mundo; creyendo ya  
que la fama ilustre, antigua,  
los títulos y riquezas  
del de Urrea, servirían  
más tarde a recompensar 870  
el mucho bien que me hacías.  
Cuando sospeché mi amor,  
dejé de darle noticias  
de tu existencia, pues ya  
fuera infame la falsía. 875  
Ahora que ya mi relato  
y tu impaciencia terminan,  
quiero prevenir excusas  
aunque tú no las admitas.  
Supe que a Madrid, los tercios 880  
de Italia al fin se volvían,  
y por gozarme otra vez  
en tu frente peregrina,  
vine a la corte también.  
Del santo la romería, 885

me hizo ver tu noble arrojo  
con la dama de la ermita;  
seguí tus pasos celosa...  
Y aquella carta fue escrita.  
Mas pesándome después 890  
de que mi mano te aflija,  
a don Gonzalo añadí  
que a su hijo en Madrid vería.  
-Cómo ¿juzgasteis, señora,  
que ayudara a una perfidia? 895  
-¡Ahora no, porque ya sabes  
que su sangre no te anima;  
antes sí, porque jamás  
juzgué que tanto sabrías!  
-¿Tenéis que decirme más? 900  
-Que si a matarme no aspiras,  
le prometas un recuerdo,  
y una lágrima perdida  
a la más triste mujer,  
que a tu amor se sacrifica. 905  
-¡Una lágrima!... ¡un recuerdo!  
Sí, Lucrecia, mientras viva.

- VI -

-Don Lope, demandas tales,  
entre buenos caballeros  
sólo a las armas se dejan. 910  
-Razón tenéis, lo confieso.  
-Caviloso vais, señor.  
-Pues no es por falta de aliento,  
que os fío de mí, dejaros  
bien airoso en el empeño. 915  
Y aun a deciros verdad,  
jamás he salido a un duelo  
haciendo el triste papel  
de padrino o de tercero.  
Y sabéis lo que he pensado 920  
que dos a dos batallamos,  
si no desaira el contrario  
el medirse con un viejo.  
¡Que hasta eso alcanzan los años,  
y es que a cuenta del respeto 925  
por flacos nos desestimen  
esos bisoños mancebos!  
-Por parte de Federico  
¿quién es el padrino? -Entiendo  
que un don Juan de Castañeda. 930

-Sí, un alférez de los tercios.  
-Muy su amigo, y según dicen  
sabedor de sus excesos.  
-Basta esa razón y sobra  
para quitarle de enmedio. 935  
-Os juro por esta cruz  
del hábito, que en mi pecho  
está mostrando, que nunca  
he quebrado un juramento,  
que de solo a solo, a cuantos 940  
conocieren del suceso  
he de sacar a campaña  
hasta contarles por muertos.  
¡Qué, vivo yo, no dirán  
que hay voces que escuchar temo 945  
porque me pueden poner  
mi baldón de manifiesto!  
Por vuestra parte, don Lope,  
habéis quedado bien puesto,  
tomando tan sobre vos 950  
de mi venganza el acierto.  
Y lo que estimo, de más  
a todo encarecimiento,  
es de mi esposa Eloísa  
el proceder tan sincero 955  
en confesaros ingenua,  
su vergüenza y vilipendio;  
y de la grandeza vuestra  
el generoso consejo  
de enviarla entre mis brazos 960  
a llorar sus sentimientos.  
Si no la quisiera aún más,  
tendríame yo por menos,  
en no saber lo que vale  
tan puro desprendimiento 965  
de sí misma, en exponerse  
a mi odio y menosprecio,  
por no dejar de ser franca  
con el que eligió por dueño.  
Vamos al campo, don Lope, 970  
que me aguijan los deseos  
de lavar con sangre infame  
tan villanos desaciertos.  
-Muchas veces he pensado  
que en el honor no era cuerdo, 975  
ni de sus leyes sabía  
quién lo fió a los ajenos.



Pues basta una lengua impura  
para afrentar nobles pechos;  
y un traidor para acabar 980  
con el honor más entero.  
Pudiendo mas la falsía,  
la ocasión, y el fingimiento,  
la injusticia, en fin, que puede  
un corazón siempre recto. 985  
-Vamos al campo, don Lope;  
que acaso tarde llegamos.  
-Cortárame entrambas piernas,  
según me sirven de peso.  
Este don Gonzalo es ya 990  
el prado de Recoletos.  
-¿Y no advertís que dos sombras  
se pasean a lo lejos?  
¡Ellos serán, según late  
mi corazón! -Sí, son ellos. 995  
Acercáronse, y los hombres  
que esperaban encubiertos.  
Se aproximaron también  
para acortar los rodeos.  
Sus cortesanos saludos 1000  
fueron breves, y en silencio.  
Concertaron dos a dos  
el desafío, y resueltos  
desenvainaron los cuatro  
los fulminantes aceros. 1005  
A los primeros fendientes  
que retumbaron los ecos,  
escuchan varias pisadas  
presurosas a su encuentro,  
y dos damas encubiertas 1010  
con las tocas hasta el suelo  
-por medio de las espadas,  
ligeras se interpusieron.  
Dicen si vio Federico  
al través del manto espeso, 1015  
los ojos de una mujer  
que ama y aborrece a un tiempo:  
lo que no le queda duda  
fue que en ademanes tiernos  
explicó frases cortadas 1020  
a don Gonzalo en secreto,  
que de su rabia furiosa  
los ímpetus detuvieron.  
Siguiose un corto coloquio;

despareció la del velo; 1025  
habló después don Gonzalo  
a don Lope con misterio,  
y a poco se adelantaron  
a sus rivales suspensos.  
«Federico,» prorrumpió, 1030  
con entrecortado aliento  
el capitán, «imposible  
es que el lance terminemos.  
El ofendido fui yo;  
yo me doy por satisfecho. 1035  
Que no excusará un delito  
otro mayor y más fiero.  
¡Acaso pronto sepáis  
el delito horrible, inmenso,  
que por ser en daño mío 1040  
os consintió el alto cielo!  
-Mirad que un error... presumo...  
si os engañan. -No, no puedo  
en sangre propia saciar  
la sed de mi enojo ciego. 1045  
Y por ahora, basta. Adiós.  
¡Que aun, otra vez nos veremos!  
-¡Quiera Dios, (dijo a don Juan  
el buen Federico, al verlos  
alejarse) que aquí no haya, 1050  
algún peligroso enredo!  
Y de deberse aclarar  
más tarde, ¡pardiez que siento  
no haber muerto ya a sus manos,  
porque sé que lo merezco!» 1055  
Calló don Juan, y dejaron  
después el Prado desierto.  
Aún no serían las cuatro,  
pues aún no iba amaneciendo.

- VII -

Sigamos en su carrera 1060  
a las presurosas damas,  
que cual raudos torbellinos  
cruzan con rápida planta  
el Prado de Recoletos,  
y la calle extensa y ancha 1065  
que atraviesa por el Carmen,  
y que comunica entrada  
a la otra bien conocida  
del Caballero de Gracia.

En frente del oratorio 1070  
que a su imagen se consagra,  
se detuvieron mirando  
los jeroglíficos y armas  
que aparecían pintados  
en la pared de la casa. 1075  
Sin duda se aseguraron  
de sus temores entrambas,  
y convencidas de que era  
aquella la que buscaban,  
entraron en el portal 1080  
con entera confianza.  
Ricas alfombras, tapices  
adornan la hermosa sala  
a donde pasar las hizo  
un criado sin tardanza. 1085  
Que en aquel tiempo dichoso,  
aún los criados usaban  
fino agasajo y buen modo,  
con sólo ver tocas largas.  
Su nombre las preguntó 1090  
con humildad cortesana,  
o de su visita el fin.  
Aparecieron turbadas,  
sin saber que responderle:  
mas le replicó en voz baja, 1095  
una de ellas: «Si excusando  
el ser aún tan de mañana,  
podría doña Eloísa  
Urrea Urtel y Guevara,  
dar audiencia a dos señoras, 1100  
sobre un lance de importancia.»  
Apenas el paje oyó  
la suplicante demanda,  
se retiró; y en el tiempo  
que ocasionó su tardanza, 1105  
entre sí con voz medrosa  
cambiaron estas palabras.  
«¿Qué intentas? -¿No lo adivinas?  
Federico sabes la ama  
con delirio. -¿Y bien? -Y sabes, 1110  
que es tan loca su arrogancia  
que aunque se lo he suplicado  
de rodilla, ante sus plantas,  
y he abrasado sus dos manos  
con el fuego de mis lágrimas, 1115  
jamás quiso consentir

en dar remedio a las ansias  
de don Gonzalo, fingiendo  
que es el hijo que idolatra.  
Mucho más, cuando su vida 1120  
en riesgo inminente estaba  
por el desafío a muerte  
que exigió para venganza  
de su honor, el don Gonzalo,  
y que yo impedí con maña. 1125  
-¡Con efecto, a Federico  
la muerte poco le espanta  
ni aun con tenerla tan cerca  
y su dicha tan lejana!»  
Volvió el paje, y las condujo 1130  
pasando muchas estancias  
a un gabinete ochavado,  
rico en pinturas y estatuas  
de los más diestros artistas  
de Roma, Flandes, y España. 1135  
En un sillón de respaldo  
está Eloísa sentada;  
las acogió sin cumplido,  
con nobleza y elegancia.  
Acercó el paje dos sillas, 1140  
cerró la puerta dorada,  
y sus velos levantaron  
las misteriosas tapadas.  
Un rato hablaron sus ojos,  
en un momento de pausa, 1145  
en que recíprocamente  
escudriñaron sus gracias;  
no de otra suerte, que atento  
antes de entrar en campaña  
un buen general, calcula 1150  
sus fuerzas y las contrarias.  
Rompió el silencio Lucrecia  
con voz trémula aunque clara.  
«La licencia perdonad,  
bella Eloísa; y la causa 1155  
de la molestia, disculpe  
nuestra libertad extraña.  
-Nada tengo que excusaros.  
-Venir tan de madrugada  
es doble incomodidad 1160  
que nos disgusta, y enfada  
teneros que ocasionar:  
mas el honor no repara.

-Señora, os ruego que habléis,  
y advirtáis que no me cansa 1165  
vuestra amable compañía;  
antes bien, sin que esto valga  
por lisonja, pues no sé  
lo que son lisonjas vanas,  
tan sentida es vuestra voz 1170  
y penetra tanto el alma,  
acaso porque los tristes  
se adivinan en el habla  
que os aseguro que encuentro  
cierto alivio en escucharla. 1175  
En cuanto a ser importunas  
por venir antes del alba,  
nunca es pronto para aquella  
que en la noche no descansa,  
y que ve rayar sus luces 1180  
sollozando y desvelada;  
¡y deja el lecho desierto,  
y en este sillón la aguarda!  
Mas decidme a que venís,  
que las horas van con alas. 1185  
-¡Sí; un momento que se pierda  
puede hacernos mucha falta!  
Don Gonzalo, vuestro esposo...  
-¡Cielos! ¡alguna desgracia!  
-Hermosa Eloísa, no; 1190  
por ahora no temáis nada;  
aunque no ha muchos momentos  
que en un desafío. -¡Ah! ¡infausta  
y enemiga suerte mía!  
-Sus fulminantes espadas 1195  
pudo suspender a tiempo  
mi constante vigilancia.  
Mas acaso nuevamente  
los enemigos se aplazan.  
Si vos no favorecéis 1200  
mis intentos. -Sí, me basta  
para ayudarlos, saber  
que de mi esposo se trata.  
-Vos, Eloísa, ¿ignoráis  
de una dama sevillana 1205  
sus primeros amoríos?  
-Sí; los sé. -¡Tú eres! -Acaba.  
-El arbitrio que encontré  
para derrocar su saña,  
fue hacerle creer que el hijo 1210

por quien en sueños rezaba,  
era el mismo a quien quizá  
rasgaría las entrañas  
en aquel sangriento duelo  
a que feroz se lanzaba. 1215  
-¿Mas di, es su hijo? ¿Lo es, Lucrecia?  
-Eloísa, no. -¿Me engañas?  
-¡Os lo juro por su vida  
ante la imagen de plata  
que lleváis de ese collar 1220  
pendiente de la garganta!  
¡Murió nuestro hijo! Ese joven  
no pertenece a su raza.  
-¿Y cual será el resultado  
de ayudar esta falacia? 1225  
-Sólo el que vos consintáis  
en que con él se repartan  
algún día vuestros bienes  
como herencia necesaria;  
ese todo el mal será. 1230  
Los bienes, que en quieta holganza  
podáis del hidalgo esposo  
al besar las nobles canas,  
gozaros era que vos sois  
el ángel que se las guarda. 1235  
¡Poder estrechar sus manos  
sin mirar las rojas manchas,  
que de un torpe asesinato  
y sacrilegio resaltan!  
-Sí, consiento: en todo, en todo. 1240  
Ahora bien, decidme franca,  
qué debo hacer. -Escuchadme.  
El joven os idolatra,  
una orden vuestra será  
para él religiosa y santa. 1245  
Mandadle que no declare  
jamás su nombre o su patria,  
y que consienta en pasar  
por aquel hijo que aguarda  
con tanto afán don Gonzalo, 1250  
y que nunca el pobre abraza.  
Se lo he suplicado yo,  
y lo tuvo por infamia.  
Si vos no lográis rendirle,  
y en su error le desengaña. 1255  
-¡Morirán, sí morirán!  
Comprendo su encoco y rabia.

¿Y ese joven tan restado  
que ni aun la muerte le arrastra  
a confesarse por su hijo, 1260  
quién es que tan ciego acata  
la voz de una mujer triste?  
-Decidme, ¿tenéis constancia,  
para saberlo? -¡Lucrecia!  
-¿Generosidad os falta 1265  
para perdonarle? -¡Ah! ¡Es él!  
Perdonarle nunca. Basta.  
-¿Lo hablaréis? -No. -¡Por piedad,  
por vuestro esposo! -¡Ah! ¡inhumana!  
-¡Por vuestra padre! -¿También 1270  
por su vida me amenazas?  
-Padrino ha sido en el duelo,  
y... -¡Ah! ¡Lucrecia tú me matas!  
¡Morir mi esposo, mi padre!  
-Una voz tuya los salva. 1275  
-Sí, que venga Federico.  
-¡Dios bendiga virtud tanta!

- VIII -

-Volved, Federico, en vos.  
-¿Estabais aquí, don Luis?  
-Cuando ahora lo advertís, 1280  
turbado estáis, vive Dios.  
¿Qué hechizos habéis bebido  
en esa cita de amores?  
-Fuera de burlas, señores,  
que no habléis en eso os pido. 1285  
-¡Veis, don Juan, qué aire tan serio!  
-Ni es cita, ni fue de amor,  
sino un empeño de honor,  
en el que guardo misterio.  
-¿Qué hay de vuestro desafío 1290  
con el señor capitán?  
-Por ahora nada, don Juan.  
Descansad amigo mío,  
que cuidaré de buscaros  
en caso de no ajustarse 1295  
nuestras penas. -En matarse  
no se anda nunca en reparos.  
A fe de Luis, que en lugar  
de andarme con esos plazos,  
a fuerza de cintarazos 1300  
yo lo había de zanjar.  
¿Han llamado? -Sí, han llamado.

-¿Esperáis a alguien? -Sí espero.

Hablar a un amigo, quiero  
de un asunto reservado. 1305

-Según eso, ¿os vendrá bien  
que el sitio desalojemos?

-Después, don Juan, nos veremos.  
Por aquí, que si no os ven.

-¿Casa tenéis de dos puertas? 1310  
Pues no es buena de guardar.

-No tengo que recatar,  
por eso están siempre abiertas.»

Por la una juntos salieron  
los amigos que le hablaban; 1315  
y por la otra puerta entraban  
los que a la sazón vinieron.

Era una dama galana,  
y un caballero embozado;  
don Gonzalo y a su lado 1320  
Lucrecia la sevillana.

Imperceptible sonrisa  
sobre sus labios notó  
Federico, y recordó  
su cita con Eloísa. 1325

Y a su memoria trayendo  
lo que le exigió llorando,  
está en el alma buscando  
valor para entrar fingiendo.

-«Federico, ya sabrás 1330  
por Lucrecia que es tu madre.  
¡Que soy tu infelice padre!  
¡Infelice por demás!»

Lucrecia al ver su tardanza  
en responder, se pasó 1335  
a su lado, y murmuró  
«¿Y Eloísa? ¿Y su esperanza?

-Sí, señor, todo lo sé.»  
Replicó el joven resuelto,  
de su asombro apenas vuelto. 1340

-«¡Olvido y perdón! -Si a fe.

-Tú que cuentas pocos años,  
aprende en mi larga edad  
lo que amarga la verdad  
de tremendos desengaños. 1345

Procura siempre enfrenar  
de tus pasiones el vuelo:  
¡aprende en mi desconsuelo  
lo que hacen ellas penar!



Mira esta pobre mujer: 1350  
en premio de que me amó,  
mi orgullo la abandonó  
con mengua de mi deber.  
¡El ser padre que en la tierra  
dicen que es el bien mejor, 1355  
es el tormento mayor,  
para el que oculto lo encierra  
en su pecho, sin nombrar  
nunca al hijo idolatrado;  
porque no halla un nombre honrado 1360  
con que poderle llamar!  
¡Quién la virtud menosprecia  
quién no acata su decoro  
lo paga en eterno lloro!  
¡Ya lo ves en mí y Lucrecia! 1365  
En fin hijo, que por hoy  
ya este nombre te he de dar,  
para después olvidar  
hasta el nombre que te doy:  
¡Tú has castigado mi error, 1370  
con el suplicio más fiero:  
yo te le negué primero,  
tú me has quitado el honor!  
¡Parte, parte a extraños mares;  
pero llévate al partir, 1375  
el consuelo de decir,  
te perdono mis pesares!  
¡Llévate mi corazón  
pues por más que te acrimino,  
a ti me inclina el destino: 1380  
llévate mi bendición!  
-Señor, mirad no debéis...  
-Joven, le dijo Lucrecia,  
sabéis cuán bella es Venecia,  
a Venecia partiréis. 1385  
Pingües rentas de sus bienes  
os darán cómoda holganza.  
-Sí partiré sin tardanza.  
Bien, Señora, lo previenes.  
-¿Con la condición precisa 1390  
de no vernos nunca más?  
-Sí señor. -¿Nunca? -¡Jamás!  
¡Te he obedecido, Eloísa!»  
Los tres un grupo formaron  
con sus brazos al ceñirse; 1395  
y sin un Adiós decirse

los tres al fin se apartaron.

- IX -

¡Camila; somos felices!  
¡Va a partir! ¿Pero qué tienes?  
¡Habla, Camila; tu rostro 1400  
tan pálido me estremece!  
-Apenas saliste, un paje  
me ha entregado este billete.  
-¿Tan a deshora? ¡Dios mío!  
-Me repitió varias veces 1405  
que era urgentísimo. -¡Ay! triste.  
«Sabréis», (no acierto a leerle,  
«que todo está descubierto.»  
¡Virgen del dolor valedme!  
«Mi padre tuvo noticias 1410  
de que estuvisteis a verme:  
me oyó hablar con Federico,  
oculto en mi gabinete.  
Eloísa, hija del alma,  
me dijo con voz solemne, 1415  
¡Dios no permite una infamia  
aun salvando a un inocente;  
mucho menos por salvar  
un seductor vil y aleve!  
Sin duda a matarle van 1420  
pues requirió de repente,  
su tizona de dos filos,  
la de los duelos de muerte.  
¡Me deja encerrada y sola,  
si vos no habéis de valerme, 1425  
sólo rezar y gemir  
la triste Eloísa puede!»  
¡Corramos; Camila a Dios!  
La abrazó ardorosamente;  
-¡Lucrecia! -¡Mis bienes tuyos 1430  
serán... Adiós... Para siempre!  
-¡Espera! -¡Vivir no espero,  
si mi Federico muere!  
Partió frenética al punto,  
y la siguió velozmente 1435  
la sollozante Camila,  
que como a madre la quiere.  
La cuesta del Buen Retiro  
suben con pasos tan leves,  
que si pisan es tan poco 1440  
que la arena no lo siente.

Al llegar junto al camino  
que de Alcalá el nombre tiene,  
vieron a un lado luchando  
cuatro hidalgos frente a frente. 1445  
Dos hondos suspiros lanzan  
las dos damas que se pierden  
entre el rumor de las armas.  
Sus voces las desvanecen  
los ayes de los heridos, 1450  
los tajos de los que hieren.  
Dos solos quedan ya en pie;  
y el uno de ellos parece  
mal parado, pues el brazo  
de una banda se suspende. 1455  
Ancianos son, y se abrazan.  
¡Los que en el suelo fallecen  
son jóvenes: por los años  
no ha estado la buena suerte!  
-«¡Tarde llegamos! -¡No es tarde,» 1460  
la replicó con voz fuerte  
don Gonzalo, «pues presencias  
que castigo a quien me vende!»  
Dijo, y se alejó: y Lucrecia  
junto a los muertos perene, 1465  
era luna estatua brillante  
sin calor que la alimente.  
De el hospital de los locos  
de Toledo, cinco meses  
después, salían dos hombres 1470  
que una señora sostienen.  
Lisiado el uno del brazo  
izquierdo, que apenas muere,  
el otro buscando apoyo  
en su báculo, por débil, 1475  
«¡Pobre loca!» murmuró  
la dama con voz doliente,  
«¡Jamás me pienso olvidar  
de lo mucho que padece!  
¡Huyamos de una ciudad 1480  
donde hay que ver tantas veces,  
este sepulcro en que entierran  
los que por amor se pierden;  
que sólo el amor podría  
volver un alma demente! 1485  
¡Pobre loca!» repitió  
Eloísa, y partió en breve.  
«¡Lucrecia infeliz!...» dijeron

los ancianos tristemente.

Comprar el trono de un pueblo con la sangre de un hermano  
Cuento histórico

- I -

En arrogantes corceles

corriendo a galope largo,  
camino van de Montiel  
hasta doscientos cristianos.  
Jinetes son de Castilla, 5  
nobles e ilustres vasallos  
de don Pedro el Justiciero,  
sostenedores gallardos.  
Que con ser tan populosos  
sus florecientes estados, 10  
y tener tan luengas tierras,  
y ser sus dominios tantos,  
sólo encontró en su desgracia  
doscientos fieles hidalgos,  
que le ofrecieran dispuestos 15  
el corazón y las manos.  
Pocos son, pero valientes;  
el ser pocos, no es extraño  
teniendo don Pedro el rey  
tan en su contra los hados. 20  
Y el ser valientes tampoco,  
porque sus pechos bizarros,  
aprendieron de los montes  
la firmeza y desengaño;  
porque han bebido en las aguas 25  
que esmaltan tan nobles campos,  
y en sangre leal tiñeron  
gloriosos antepasados;  
y porque nunca se olvidan  
de que su apóstol Santiago, 30  
ser adictos a sus reyes  
eternamente juraron.  
Ligeros van y ufanos  
de probar a sus contrarios  
los del conde Trastámara, 35  
don Enrique el Soberano,

la fuerza de su razón,  
y la razón de sus brazos.  
Y en poco el número cuentan  
de los del opuesto bando; 40  
que un alma que aliente el fuego  
del deber y el entusiasmo,  
bien vale por cien cuchillas  
de cobardes y menguados.  
Y que lo son los del conde, 45  
pardiez que no hay que dudarlo,  
pues la sangre generosa  
del Onceno Alfonso, osados  
dejan se manche y degrade:  
y aun el solio, asilo santo 50  
donde sólo antiguas razas  
su nobleza perpetuaron,  
hoy le ofrecen para silla  
de un hombre en todo bastardo,  
pues fue villano en nacer, 55  
y en sus acciones villano;  
ni me acriminen tampoco  
que le injurio o que le agravio,  
que es más que villano el hombre  
que en su propio bien soñando, 60  
las víctimas no repara,  
que condena a su holocausto;  
¡ni ve una villa en la sangre,  
ni aun con ser la de su hermano!  
Al frente de aquellas tropas, 65  
en un revuelto castaño,  
que fuego bebió en las ondas  
maravillosas del Darro,  
cabalga un noble doncel,  
el ardido don Fernando, 70  
de los mejores del reino,  
y del linaje de Castro.  
Privado del rey le llaman,  
y su alférez en el campo,  
de los pocos que le asisten 75  
en su cámara y estrados.  
Y a fe que merece en mucho  
los reales agasajos,  
el franco y leal carácter  
de aquel joven toledano; 80  
acaso el único amigo  
del de Castilla, y acaso  
el que menos hace alarde

de su amistad en palacio,  
Porque piensa para sí, 85  
que la lisonja en los labios  
es para hablar a las damas  
en festines y saraos;  
y que una verdad modesta  
debe sólo el cortesano, 90  
rendir respetuoso al trono.  
Mas a cuenta del recato  
con que se excusa en lisonjas,  
y en mil rendimientos vanos  
guarda en el hondo del pecho 95  
un corazón tan postrado,  
una voluntad tan firme,  
un sentimiento tan franco  
de adhesión hacia sus reyes,  
que la vida con ser hartado, 100  
es lo menos que ganoso  
consiente en sacrificarlos.  
No desconoce don Pedro  
lo que vale tal privado,  
y aun por eso hacia Granada 105  
le mandó con los despachos  
para el rey moro Aliatar,  
por ganársele a su bando.  
Gutier Sánchez de Gumilla,  
caballero zamorano, 110  
va a su izquierda; y a su diestra,  
en un cordobés pintado  
sobre un trapío perlino,  
de muchos lunares blancos,  
el mismo Aliatar famoso, 115  
a quien supo sin amaños,  
el doncel, interesar  
en defensa de su amo.  
Costeando van la orilla  
de Guadalmena, que manso 120  
sus corrientes allí enfrena,  
o por gozarse en mirarlos  
mayor tiempo, o porque puedan  
en un espejo más claro  
reflejarse armas, jinetes, 125  
banderolas y caballos.  
En tan ameno paisaje  
los jinetes hacen alto,  
para dar tiempo a que llegue  
el grueso de los soldados: 130

que aunque moriscos los más  
y de Astarot partidarios,  
no es culpa del rey don Pedro,  
si los propios le dejaron,  
que acoja de buena ley 135  
los que le acorren extraños.  
De arqueros diestros alarbes  
y flecheros desmontados,  
por veinte mil y quinientos  
le conduce el africano; 140  
y de moros fronterizos,  
y caballeros de rango,  
hasta dos mil ochocientos  
de los más determinados.  
Ya miran del polverío 145  
los remolinos lejanos,  
y densa nube parece  
que por la tierra rodando,  
ofusca del sol la lumbre,  
oscureciendo los campos. 150  
Ya semejan en tropel,  
pardas montañas volando  
que van ciñendo a la tierra  
de sus tinieblas el manto.  
Mas al fin se desvanece 155  
los cenicientos nublados,  
y alguna ráfaga errante  
despide un destello pálido.  
Ya se disipa la niebla,  
se multiplican los rayos, 160  
y llamas de fuego brillan  
los almetes y los cascos.  
Las cimitarras deslumbran,  
y los pelos de Damasco,  
y las adargas de Túnez, 165  
y el oro de sus brocados,  
y las colas de sus yeguas  
en sus pendones listados,  
y las blancas medias lunas  
por encima de los lazos. 170  
Adufes mil y añafiles  
sonoros ecos vibrando,  
marciales himnos confían  
a los montes y a los llanos.  
La plata de sus arneses, 175  
sus joyas, bandas, brocados,  
gasas, plumas y colores

que en confuso girar mágico  
entre un vapor ceniciento  
dibujan del sol los rayos, 180  
forman lúcidos cambiantes  
ilusorios y fantásticos  
que las potencias embeben  
en sabrosísimo encanto.  
Gozoso estaba Aliatar 185  
las escuadras contemplando  
de sus moros triunfadores,  
y con marcial arrebató,  
así a don Fernando habló:  
«Si nos cumple lo pactado 190  
el valiente Justiciero,  
en vano serán, en vano,  
los impotentes esfuerzos  
de ese Enrique afortunado;  
pues al fin se estrellarán 195  
en las flechas de mis bravos  
escuadrones, que a su frente  
arrojarán los pedazos;  
y estas huestas son ya sólo  
un pobre recurso, escaso, 200  
de las fuerzas poderosas,  
y del grueso de soldados  
que aún desierta el Asia entera  
dejarán por inundaros  
con ejércitos furiosos 205  
que lleven la empresa a cabo.»  
El joven le respondió;  
-«Para cuando llegue el caso  
deja valiente Aliatar,  
encarecimientos raros. 210  
Con que esos moros que traes  
no desmayen al asalto;  
y traigan tantos alientos  
como flechas y venablos:  
como justen en la liza, 215  
como en la zambra danzaron;  
y diestros como en sus motes,  
sean en dar cintarazos,  
ten por seguro que vienen  
no digo pocos, sobrados 220  
para extirpar de Castilla  
los enemigos ingratos.  
Y no por esto presumas  
que los juzgue yo por flacos,



ni por remisos tampoco 225  
en el lance de mostrarlo;  
pues a más de que otras veces  
solo a solo batallamos,  
conozco que en el empeño  
no negarás el amparo 230  
por caballero y por Rey  
a un Rey caballero.» -«Al cabo  
tus pláticas a ser llegan  
razonables, que has estado  
con los míos poco atento, 235  
y no mucho cortesano  
con mi honor: y si alguien tiene  
ocasión para dudarlo,  
más bien soy yo de don Pedro;  
pues son tantos los reparos, 240  
con que va nuestras demandas  
sordamente enmarañando  
que de su palabra temo.»  
-«Pues no temas, africano,  
que no saben nuestros reyes 245  
traficar con el engaño:  
ni los buenos que le sirven,  
ajustarse al embarazo  
de peligros y desmanes  
que ocasionan los engaños.» 250  
-«Altivo estás, mas no es bien,  
que tu voz, joven incauto,  
de nuestra liga sublime  
rompa los vínculos santos.  
A bien que hoy debe firmar 255  
las credenciales, si es caso  
que consiente; y a no hacerlo,  
sólo se pierde el cansancio  
de mis tropas, que el volverse  
después será necesario.» 260  
A estas razones llegaban  
de sus coloquios entrambos,  
cuando a la falda del monte  
los moros iban pasando.  
En el centro de las huestes, 265  
y en filas de cuatro en cuatro,  
conducen una litera  
con florones y resaltos  
arabescos, cien eunucos  
poderosos, aunque esclavos, 270  
¡que sólo en África saben

sin ser libres, vivir tanto,  
y estribar en sus cadenas  
el solio de sus tiranos!  
Al pasar junto al doncel 275  
las alcatifas alzaron  
de una ojiva portezuela.  
Dicen saludó la mano  
de una hurí tan celestial,  
que aunque la sacó de paso 280  
y envuelta en un alfareme  
delicadísimo y blanco,  
se llevó tras sí los ojos  
de más de algún castellano,  
cual si quedaran sin lumbre 285  
a la luz de algún relámpago.  
Y no falta quien la vio  
romper una flor de un ramo,  
y arrojársela al arzón  
del jefe de los cristianos. 290  
Por fin desfilaron ya  
los tercios mahometanos,  
y en pos de ellos los guerreros  
todo el día caminaron;  
hasta que al fin de la tarde, 295  
antes que el Sol en su ocaso  
entre celajes de fuego  
hundiese el brillante carro,  
a las torres de Montiel,  
almenas y empizarrados 300  
dieron vista: y el vigía  
de la Torre de San Pablo,  
hizo tres veces sonar  
los clarines a rebato.

- II -

En un aposento oscuro 305  
de un torreón del Alcázar,  
dos hombres hay agrupados  
junto a un hogar que se apaga.  
Es el techo abovedado,  
y de piedra las murallas, 310  
en donde un hueco se ve  
que es o tronera o ventana;  
pero como es una sola,  
y tan angosta y tan alta,  
apenas la luz del día 315  
hasta el pavimento baja;

y aun la que entra va partida  
por los hierros de las barras.  
Un tiempo fue calabozo,  
pero en el año que pasa, 320  
y es el de mil y trescientos  
sesenta y nueve, de cámara  
servía o laboratorio  
a un alquimista, que ensaya  
bajo sus negras paredes, 325  
los sortilegios y cábalas  
con que sondean las nubes  
los doctos en judiciaria.  
Dos bancos hay sin respaldo,  
tan estrechos que no alcanzan 330  
a dar el punto de apoyo  
que requiere el que descansa.  
Sobre una mesa arabesca  
de molduras y hojarascas  
en bronce y acero fino 335  
con prolijidad talladas,  
se ven esferas, redomas,  
pedernales y medallas,  
jeroglíficos, compases,  
y pergaminos y mapas; 340  
amén de efectos curiosos  
de vetustas antiguallas,  
de hornillos y de crisoles  
por el suelo de la estancia.  
Luz ya no arrojan los cielos 345  
porque es de noche, y tan alta  
va que tres horas no restan  
para empezar la mañana.  
Y hasta entonces en verdad  
que no la echaron en alta, 350  
pues les sirvió de lumbrera  
del hogar la fogarata.  
Mas como ya sólo brilla  
entre las pálidas brasas  
alguna chispa que al punto 355  
desvanecida se exhala;  
apenas un tibio albor  
el reflejo de las ascuas  
al morir entre cenizas  
sobre la frente rechaza, 360  
de aquellos dos personajes,  
hombres, espectros, o estatuas,  
que todo pudieran dar

de imaginaciones causa  
su extraño silencio, y más 365  
su inmovilidad extraña.  
Sin embargo se distingue  
que no pueden ser fantasmas  
por los rayos que sus ojos  
entre las sombras derraman, 370  
y que hacen patente el fuego  
que les comunica el alma.  
El más joven, que pardiez  
aún siete lustros no alcanza,  
es de ademán caballero 375  
y nobilísima traza.  
negras y cortas las puntas  
de su cabello y su barba  
dan a un rostro varonil  
energía y arrogancia. 380  
Nariz corta y aguileña,  
noble y audaz la mirada,  
ancho de hombros, bien dispuesto,  
fornido y de gran pujanza;  
aunque fino en su ademán 385  
cuanto cortés en palabras,  
no cabe duda en que tiene  
el doncel la sangre hidalga.  
El traje un jubón listado  
de verde mar y escarlata; 390  
un ferreruelo de pieles,  
y un sombrerillo sin falda.  
Un cuchillo empavonado,  
a estilo de monte o caza,  
lleva en su cinto prendido 395  
más que en defensa por gala  
de no desmentir lo airoso  
en dejarse ver sin armas;  
que de ello mucho se cuidan  
los que vienen de su raza. 400  
Viste un calzón ajustado,  
y retorcidas las calzas;  
en lo cual se mira bien  
que el hidalgo que las gasta  
sin curarse de atavíos, 405  
va sin embargo a la usanza.  
El otro hombre, que a su lado  
al embozo de una capa  
de seda roja, su rostro  
de la muerta luz recata, 410

moviendo maquinalmente  
la lumbré con las tenazas,  
cual si tomara a placer  
poco a poco sofocarla;  
ostenta un traje de armenio, 415  
y una caperuza blanca  
sobre sus sienes sujeta,  
su cabellera aunque escasa  
suficiente a entrelazarse,  
con su bien crecida barba, 420  
que hasta la cinta del cuerpo  
en mechones se desgaja.  
¡Rugosa frente, mejillas  
encendidas cual la grana!  
Su mirar es de traidor, 425  
risa sardónica, amarga,  
que sus dos labios sutiles  
convulsamente dilata:  
con tan continuo temblor,  
que el que atento lo repara, 430  
juzga si acaso estarán  
tan trémulos porque engañan,  
y al vender la muerte impía  
desfallecidos desmayan.  
Pues según cuentan los moros, 435  
Benahia el de Granada  
que éste es el nombre del docto  
en la ciencia planetaria,  
en pócimas y brebajes  
de los que la vida atajan, 440  
en conjuros, adivinos,  
y en artes de nigromancia,  
es Benahín, el más diestro  
de los diestros de la magia.  
La voz del joven vibró 445  
como un chasquido en la sala,  
pues era aguda, y el eco  
la repitió destemplada  
en revibrante zumbido  
largo espacio al reflejarla. 450  
Fijó el astrólogo entonces  
en el joven sus miradas,  
y después en un reloj  
de arena menuda y parda  
que iba indicándole al tiempo 455  
con sus granos que volaba.  
Cogió el astrólogo un frasco

y tocándole a una vara,  
sintiose un roce, y después  
una punzante humarada 460  
de inflamado combustible,  
y brilló oscilante, escasa  
una luz verde y azul  
al principio, y después clara.  
El Mago la colocó 465  
sobre una serpiente de hasta;  
y aquella lengua de fuego  
que muda también les habla,  
y que ahuyentó las tinieblas  
de aquella oscura morada, 470  
vino a sacarles a entrambos  
de imaginaciones tantas  
como en su mente confusa  
desvanecidas rodaban.  
En aquel momento, el joven 475  
volvió a comenzar la plática.  
-«¿Conque por mí se decía  
tan extraña profecía?  
Si otra vez me la leyeras,  
acaso así distrajeras 480  
mi amarga melancolía.»  
-«En las partes de Occidente,  
entre los montes y el mar,  
y una ave negra y traidora,  
Ha de nacer y ser tal, 485  
que los panales del mundo  
para sí recogerá;  
y todo el oro del orbe  
codiciosa gomar lo ha;  
y no morirá del daño, 490  
y después tornará atrás;  
y las peñolas por fuerza  
de su cuerpo arrancarán;  
y de puerta en puerta errante  
ni un asilo ha de encontrar: 495  
¡y acogiéndose a las selvas  
encerrada morirá,  
para Dios, y para el mundo  
que es doble fatalidad!»  
-¿Conque ese será mi fin? 500  
¿Pudieras creer, Benahín,  
que esa lectura me alegra?  
¿En que pensaba Merlín  
cuando me llamó ave negra?

-¡El misterioso secreto 505  
de los hados, gran Señor,  
alcanza el sabio!

-En efeto,  
yo de los sabios respeto  
y de su ciencia el valor.

Mas respetar la impudencia 510  
que se erige en providencia,  
me sobra fe, y hasta ciencia  
para no ser tan menguado.

Rolla, rolla el pergamino  
que aunque tomo por holganza 515  
la charla de ese adivino,  
para tanto desatino  
mi sufrimiento no alcanza.

¿Qué padres los suyos fueron  
que tan otro le engendraron? 520

¿Qué otras artes le imbuyeron?

¿Qué otros milagros hicieron  
los libros que le adiestraron?

¡Qué diera yo por tener  
en mi reino a ese Merlín, 525  
para apurar y entender,  
si era su genio y poder  
como es el tuyo, Benahín!

Entonces yo le diría  
si el Cielo que le inspiró 530  
tan singular profecía,  
no, le inspiró que podría  
ahorcar los profetas yo.

-¡Temed que vuestra jactancia  
en contra os ponga los hados 535  
que os inclina mi constancia!

-¿A mí sermones hinchados?  
Maldita tu nigromancia.

Para los hombres sin fe  
deja esas artes, Benahín, 540  
que yo para mi bien sé,  
cuanto ignora el que no ve  
ni aun si está cerca su fin.

-Soberano de Castilla,  
la ciencia también se humilla, 545  
destrúyela con tu planta:  
no por eso a tu garganta  
separas más la cubilla.

-¿Juzgas que tengo temor  
de vanas hechicerías? 550

Rindo a los doctos su honor,  
mas solo creo al Señor  
en llegando a profecías.

Trazar el rumbo a un lucero,  
fijar un eclipse al Sol, 555  
no es un milagro, embustero;  
lo que lo fuera, hechicero,  
es dar oro tu crisol.

No soy del vulgo ignorante,  
supersticioso o sencillo, 560  
que a la voz de un nigromante  
mira brotar un diamante  
de las ascuas de su hornillo.

Te equivocaste, africano,  
hijo de la inmunda grey: 565  
y aunque por ser tan villano,  
no has de morir por la mano  
de un caballero y de un rey,  
pues ajaste mi grandeza,  
yo hundiré tu presunción, 570  
demostrando tu flaqueza:  
y mañana tu cabeza,  
verá el pueblo en mi balcón.

Verá que el que manda al sino  
tiembla sólo ante mi nombre: 575  
conocerán que el destino  
de hallarse sujeto a un hombre  
no fuera a un hombre mezquino.

-Don Pedro, Don Pedro.

-Y bien,  
sabes puedes ayudarme, 580  
en mi pretensión.

-También  
sé que vais a ajusticiarme.

-Segura tienes tu sien,  
si es que aquí nos entendemos.  
Y pues ya nos conocemos, 585  
y pues la llevas perdida,  
mira si estimas tu vida  
para que en tratos entremos.

Sabes que Aliatar intenta  
en pago de su amistad 590  
exigirme a buena cuenta  
que en el enlace consienta  
con su Zulema.

-Es verdad.

-Que don Fernando la adora;



que la hermosísima mora, 595  
paga sus tiernos amores,  
y que mis reales favores,  
en vez de estimarlos llora.  
-Sí señor.

-Sabrás también,  
pues el suponerlo es llano, 600  
que no puede ceñir bien,  
de una agarena la sien  
corona de un rey cristiano.

Por otra parte, perder  
el apoyo de Aliatar, 605  
que sólo así pude hacer  
me venga a favorecer,  
puédeme el reino costar.

Ahora bien; tu ayuda espero  
para conciliar el modo 610  
de ser a la fe sincero,  
de un amigo verdadero  
a quien amo sobre todo:

haciendo entender de paso  
al rey moro de Granada, 615  
que aunque exigencia extremada,  
condesciendo, y que me caso  
con su Zulema adorada.

Todo está previsto: ¡advierte  
si quieres serme leal, 620  
pues le prometo gran suerte!  
-Juro servirte.

-Y la muerte  
castigará al criminal.

¿Qué, está bien resuelto?

-Sí.

-Pues sígueme y, ¡ay de ti 625  
si quebrantas tu promesa!  
Toma esa luz y anda apriesa.

-¡Rey te acordarás de mí!

Salió delante el armenio  
murmurando estas palabras, 630  
y el rey don Pedro detrás  
con leve y furtiva planta;  
y aun si la sombra del muro,  
se ha de creer que no engaña,  
dibujó el negro perfil 635  
de una mano levantada,  
y de un cuchillo que en ella  
parece al menos que ensaya

el golpe con que ha de herir  
si un torpe traidor le asalta; 640  
pues va rozando su punta  
del astrólogo en la espalda  
por una oculta escalera  
de caracol, lentos bajan;  
hasta que al fin el reflejo 645  
de la linterna les falta,  
y de sus pasos el ruido  
va atenuándose, y se apaga.

- III -

Arde una lámpara de oro  
suspendida de un pilar 650  
de una capilla arabesca,  
subterránea sepulcral.  
Algunas tumbas de mármol  
de infinita antigüedad,  
sus negras cruces levantan 655  
en aquel santo lugar,  
como espectros vaporosos  
que en muda vigilia están,  
esperando que sus almas  
pasen a perpetua paz. 660  
A un extremo se divisan  
en las gradas de un altar,  
y en presencia del ministro  
que los vino a desposar,  
encubiertos y de hinojos 665  
un doncel y una beldad.  
¡Enlazados ya del cuello  
por los lazos de un cendal  
que con ser leves oprimen  
por toda una eternidad! 670  
¡Que aunque es cierto que no pasa  
nuestra vida por ser tal,  
bien puede decirse eterno  
lo que no acaba jamás,  
mientras duran nuestros días 675  
que breves siempre serán!  
Pocos y mudos testigos  
oyen la misa nupcial:  
pocos, porque no se fían  
los desposados demás; 680  
y mudos porque es su objeto  
solamente presenciar,  
y dar fe de que es cumplida

tan santa solemnidad.  
Ocultos y entre las sombras 685  
que las sepulturas dan,  
de vez en cuando se escucha  
alguna voz murmurar,  
o alguna planta medrosa,  
que se desliza fugaz, 690  
y aun de aceros y de espuelas  
el medroso rechascar.  
El ir con armas ya es prueba  
de que algunos riesgos hay,  
si el secreto y el misterio 695  
no lo hicieran sospechar.  
La ceremonia concluye;  
el sacerdote se va,  
los hombres desaparecen;  
sólo dos quedan detrás 700  
de los nobles desposados,  
de su respeto en señal.  
Queda la iglesia en tinieblas;  
se oye una verja cerrar,  
y un sordo y lento murmullo 705  
aunque distante quizás:  
y después, como de un hombre,  
el tardo caer, y un ¡ay!  
tan horroroso y tan débil,  
que de su alma al espirar 710  
debió de ser el postrero  
de su martirio final.

- IV -

Como estaba el rey incierto  
del lance de don Fernando,  
con sus nobles platicando 715  
pasó la noche despierto.

-«Del nuevo día la luz  
en Toledo nos verá,  
que humilde al fin besará  
de mis pendones la cruz. 720

Que esa ciudad imperial  
dicen que está dividida  
en dos bandos, corrompida  
por el conde desleal.

Y aun entre otras novedades 725  
la que más valida corre,  
es que asaltaron la torre  
que llaman de los Abades.

Pero merced al valor  
que harlo encarecer no puedo, 730  
de don Fernando Toledo,  
su insigne gobernador.

Deshechos y destrozados  
los enemigos volvieron,  
y diz que muchos salieron 735  
por las troneras lanzados.

En lo cual pronto se advierte,  
que ese Conde don Enrique  
cuenta que se sacrifique  
por él un partido y fuerte. 740

Mas yo fío en vuestras lanzas  
que acabarán sus porfías,  
dando cimientto a las mías  
y fin a sus esperanzas.»

-«Mens Rodríguez soy, señor,» 745  
le contestó un caballero  
«de aspecto noble y severo,  
muy su amigo y servidor:»

«En la liza me habéis visto  
cubierto de sangre mía, 750  
entre la infiel morería  
clavando el pendón de Cristo.»

«De modo que conocéis  
que no es por falta de aliento,  
si mi franco pensamiento 755  
os advierte no lo erréis.»

«Juzgo en el día arriesgado  
un combate con el Conde,  
y más en Castilla, en donde  
está mejor estimado.» 760

«El rey de Francia le envía  
poderosos escuadrones;  
el papa sus bendiciones,  
que no es poco.»

-No, a fe mía,  
siendo la mísera España 765  
fanática como tú.

-El mismo Duque de Anjou  
le ayuda a entrar en campaña,  
con gentes y bastimentos:  
y por el contrario vos: 770  
¡vuestros amigos, por Dios,  
son pocos y descontentos!

Ese Príncipe de Gales,  
el que tanto encareció

el ayuda que os prestó, 775  
abandona vuestros reales.

En el mismo corazón  
de vuestros reinos, ya veis  
cuán pocos nobles tenéis  
a vuestra disposición. 780

Hasta Burgos, Salamanca  
y otras plazas de Castilla,  
de su buen nombre en mancilla,  
con intención poco franca,  
ya por vuestro hermano están, 785  
y le ayudan en la lid.

Guipúzcoa, Valladolid  
también sus hombres le dan.

¡Ya veis el paso de Andorra  
qué mal se le defendieron! 790  
¡Ya veis cuán pronto le abrieron  
las puertas de Calahorra!

Esto prueba que Aragón  
no es del Conde tan contrario:  
y aunque no tan partidario 795  
no está mal quisto en León.

Así pienso que arriesgáis  
reino, amigos y tesoros,  
a manos de infieles moros,  
pues que con ellos contáis. 800

¡Y los pocos que aquí estamos  
no sentiremos morir,  
sino ver no ha de servir  
ni aun tampoco el que muramos!

-Gautier Fernández, decid, 805  
¿pensáis vos del mismo modo?  
-le dijo el Rey.

-En un todo:  
y aun si os place, a eso añadid  
bien funestos desengaños  
que os dieron otras ciudades, 810  
por falsas deslealtades,  
o vergonzosos amaños.

Vuestros grandes intereses  
a los suyos postergados,  
ya los visteis humillados 815  
en los muros cordobeses.

De quien tanto os esperabais  
por deberos tanto bien,  
os dio en Úbeda y Jaén  
un pago que no aguardabais. 820

Que os visteis en precisión  
de incendiar sus chapiteles  
para escarmiento de infieles,  
reos de lesa traición.

En fin, Logroño, Vitoria, 825  
y aun Ávila, y Salvatierra,  
que acataron en la guerra,  
y en la paz vuestra memoria;

Con pretexto del favor,  
que ahora darles no podéis, 830  
(vana disculpa) ya veis  
que eligieron por señor:

¡Un rey extraño a sus usos:  
a Carlos de Francia!

-¡Extraño  
que hasta en conocer su daño 835  
haya pueblos tan ilusos!

-¡Si es bastan quinientas lanzas,  
que es todo lo que contáis  
de castellanos, fiáis  
de bien cortas esperanzas! 840

Pues yo esos moros no cuento:  
que antes el verlos hermanos,  
con nuestros buenos cristianos  
basta a frustrar todo intento.

-Sí un otro que vos, Fernan... 845  
Mas cortemos desazones  
y acabemos de razones,  
que ya prolijas están.

Fernán Alonso Zamora,  
entonces le habló resuelto, 850  
-puesto señor que habéis vuelto  
a vuestro empeño; en buen hora.

Sobre Toledo caeremos  
que aún guarda por vos sus muros,  
y allí entre amigos seguros 855  
la ocasión esperaremos.

Entretanto publicad  
por edictos y pregones,  
universales perdones  
a toda noble ciudad, 860

infanzón, noble, pechero,  
de cualquier reino vasallo,  
que ofrezca lanza y caballo  
por don Pedro el Justiciero.

Que hablando así de perdón 865  
y humillándoos... ¿A esa grey

de bastardos?... gritó el rey,  
cortando su relación:

¿A tal precio me vendrían  
valientes sostenedores?... 870  
¡No los quiero, con traidores  
mis armas vio vencerían!

Arriesgaré reino y vida  
como animoso y gallardo,  
antes que ver al Bastardo 875  
con la corona ceñida.

¡Pocos sois, mas no me arredro,  
si aún tengo vuestra cuchilla:  
dos reyes no habrá en Castilla,  
mientras aliente don Pedro! 880

La gente haced disponer,  
y en cuanto esté apercebida,  
nos pondremos de partida,  
aun antes de amanecer.

Aunque pienso que ya el día 885  
el rojo oriente colora,  
según los cristales dora  
de esa ojiva celosía.

¿Pero no habéis advertido?  
De los pintados cristales, 890  
las ráfagas celestiales  
la sombra ha desvanecido.

Y otra vez la lumbre escasa  
pinta sus vivos colores;  
corred las verjas, señores, 895  
y sepamos lo que pasa.

A los andenes salieron  
el Rey y sus cortesanos,  
e involuntarias sus manos  
las espadas requirieron. 900

Vieron en grupos diversos  
que de tropel avanzaban,  
soldados que asesinaban  
a indefensos y dispersos.

Gran parte de los que huían, 905  
que eran de Montiel vasallos,  
a los pies de los caballos  
despedazados caían.

Grupos de hombres con hachones  
formaban las luminarias, 910  
y con teas incendiarias  
abrasaban los torreones:  
y a cada momento crecen

el fuego, el humo y las voces  
de aquellas hordas feroces 915  
que del infierno parecen.

Los unos en fuga van;  
los otros de arremetida:  
a los que imploran la vida,  
la muerte en pago le dan. 920

Lanzas, espadas y flechas,  
entre el humo y confusión,  
volaban hasta el balcón  
en mil pedazos deshechas.

Y el Rey don Pedro, creyendo 925  
que están sus ojos soñando,  
está furioso mirando  
sin saber lo que está viendo.

Mas no pudiendo dudar  
de que ve sangre vertida, 930  
salió a la lucha reñida  
con la daga, y sin armar.

- V -

Todo es silencio en las calles  
de Montiel; sólo se escucha  
de cuando en cuando el rondar 935  
de vigilantes patrullas.

Pero en tanto, hasta los valles  
y las campiñas retumban  
con el fragor de un combate  
que tan largas horas dura; 940  
pues empezó antes del alba,  
y ya apenas se vislumbra  
el resplandor que da el sol  
cuando en ocaso se anubla.

Desde una gigante torre 945  
dos moros miran la pugna,  
y de sus graves razones  
estas palabras se escuchan:  
«Esos clarines que atruenan,  
el sangriento fin anuncian, 950  
y la derrota de alguno  
de los campos. Esa oscura  
nube de polvo rojizo  
que hasta el firmamento enluta,  
las nubes son que levantan 955  
los vencidos en su fuga.  
Ya cesa el ronco clamor  
de las armas; ya no alumbran



esas centellas de fuego  
que hasta el Occidente cruzan, 960  
cuando hierro a hierro asidos  
dos ejércitos fluctúan,  
como dos mares inmensos  
que frente a frente se empujan,  
hasta que el más poderoso 965  
sobre el otro se derrumba.  
El Conde de Trastámara  
es sólo Rey.»

  -¡Qué mal juzgas  
si en el número de fuerzas  
el vencimiento aseguras! 970  
¿Tan lejos está, Benahín,  
nuestra sorpresa nocturna  
cuando intenté apoderarme  
de don Pedro, por la injuria  
que me hizo ¡válgame Alá! 975  
No sólo en tomar a burlas  
de un regio empeño la fe,  
sino en intentar que suplan  
de un doncel las pobres bodas  
a sus soberanas nupcias? 980  
Y bien, ¿qué nos sucedió?  
Que a pesar de que eran duplas  
nuestras escuadras de moros,  
y de que venían juntas  
con los refuerzos del Conde 985  
don Enrique; a quien tu astucia  
hizo llegar el aviso,  
de que si el intento ayuda,  
del Rey su hermano era fácil  
asegurar la captura; 990  
¡a pesar de todas esas  
favorables coyunturas,  
del incendio inesperado,  
de la sorpresa profunda  
con que en Montiel penetramos 995  
como desbandadas furias,  
indefensos, con sus pechos  
por murallas más seguras,  
pocos vasallos bastaron  
a contener nuestras turbas! 1000  
¡Y aun para mengua, Benahín,  
de mis lanzas andaluzas,  
don Pedro y veinte jinetes  
me las pusieron en fuga,

y en tan completo desorden, 1005  
que diezmados en la lucha,  
volvimos todos las caras  
con la ignominia confusas!  
-No compares, Aliatar,  
la guerra a una escaramuza; 1010  
además, que no está siempre  
de buen gesto la fortuna.  
¿Pero no ves por la Plaza  
del Campillo, cómo cruzan  
gentes de guerra que avanzan? 1015  
Son de la escolta de Muza.  
-Vamos, Benahín, y saldremos  
de tan temerosas dudas,  
él viene de la pelea.  
-Fue dichosa invención tuya, 1020  
Benahín, aconsejarle  
a tan fiel moro, el que acuda  
a don Pedro suponiendo  
que mi traición le disgusta;  
y que es infamia a Zegríes 1025  
de su generosa alcurnia;  
y que con diez mil ballestas  
que de infame me intitulan,  
le ofrezca fiel sus servicios  
y vengarle de mi astucia: 1030  
repito que fue feliz  
tu imaginación fecunda;  
pues de este modo a su lado  
pusimos las medias lunas,  
¡qué acaso al sol de Castilla 1035  
robaron hoy su luz pura!  
Vamos, que Muza ha llegado,  
y la impaciencia me apura  
de saber si mi deshonor  
quedó con su sangre oculta. 1040

- VI -

En una estancia sencilla  
hay un herido en el lecho;  
y en santo lloro deshecho  
un sacerdote a su orilla.

Dos berberiscos con lanza 1045  
a la puerta vigilando;  
y una mujer invocando  
a un Cristo de la Esperanza,  
«¿Y don Pedro mi señor?»

clamó por fin el herido, 1050

«Si nuevas habéis tenido  
decídmelas por favor.»

-¡Don Fernando, reposad  
vuestro triste pensamiento,  
y tan sublime momento 1055  
sólo a Dios encomendad!

-¡Ah! Dejadme, padre mío,  
ya que en mis ojos se advierte  
que está tan cercana mi muerte.

-No, no es cierto, yo lo fío, 1060  
prorrumpió en voz dolorosa  
la suplicante mujer:

¡Tú morir!... no puede ser;  
¡Que aún tiene vida tu esposa!

-¡Zulema, Zulema mía!... 1065  
¿Sabes por qué estás conmigo?  
¿Sabes que es sólo en castigo,  
porque veas mi agonía?

-No... es imposible, Fernando.  
-Calma, Zulema, tus voces: 1070  
mira esos guardias feroces  
que nos están vigilando.

¡Si no fuera que esos moros  
no son de entrañas tan fieras  
como Aliatar, no pudieras 1075  
verter en mi faz tus lloros!

Ni en las profundas heridas  
que me hacen ¡ay! tanto mal,  
ceñir el blanco cendal  
con esas manos queridas; 1080

y si no fuera por ellos,  
mi Zulema idolatrada,  
no hallará tan suave almohada  
mi sien sobre tus cabellos.

-«Pero, mi padre, ¿por qué, 1085  
nos hacen tanto penar?

¿Es un delito el amar?

-En nosotros sí lo fue.

Tú eras la joya ofrecida,  
mi dulce amor, mi Zulema 1090  
que en una regia diadema,  
debió de engarzarse unida.

Una inocente ficción  
de don Pedro, ¡qué mal digo!  
de mi generoso amigo, 1095  
fue causa a mi perdición.

Sabía el rey que en perderte  
perdía mi vida yo;  
y aunque te amaba, venció  
su inclinación en quererte. 1100

Mas siendo formal su empeño,  
con tu padre, en su lugar,  
me hizo contigo casar:  
¡aún lo juzgo un dulce sueño!

Conciliando de este modo 1105  
sin romper treguas con él,  
premiar mis servicios fiel,  
mi amor, mi amistad, ¡y todo!

Con la esperanza, Zulema,  
de que si Aliatar sabía 1110  
el trueque, él me encumbraría  
tan cerca de su diadema,

que con ser rey de Granada,  
y de la gente agarena,  
la boda diera por buena, 1115  
y a su hija por bien casada.

Pero todo se frustrara  
cuando al traidor Benahín  
se lo dijo, con el fin  
que a tu padre alucinara. 1120

¡Aunque no le faltó espía  
sin duda que nos vendió,  
pues viste nos sorprendió  
en el punto de ser mía!

-«¡Ay infeliz! ¡aún recuerdo 1125  
con qué furor te arrancaron  
de mi pecho y te lancearon!  
-De eso sólo no me acuerdo.

Mas, y del rey ¿qué será?  
¡Pues el lance descubierto, 1130  
Aliatar, tengo por cierto  
que en su apoyo no estará!

¿Es verdad que han sorprendido  
en esta noche a Montiel,  
y que su pueblo hartó fiel 1135  
ha luchado y ha vencido?

¿Y no es hoy cuando se fía  
al trance de una campaña  
el solio hermoso de España?  
Decidme por vida mía, 1140

¿cesó la lid? ¡Por qué yo  
no os pude mi rey valer!...  
¡Hablad; me angustia el temer

si don Pedro no venció!»

En aquel mismo momento 1145  
aunque ligeros y escasos,  
sintiose el rumor de pasos  
junto a aquel mismo aposento.

Y alumbrados por eunucos  
Muza, Benahín y Aliatar 1150  
se les vio al punto llegar  
con guardias de mamelucos.

-«Don Pedro el vencido fue,»  
exclamó Muza, «en la guerra  
bajo el caballo, y en tierra 1155  
al partirme le dejé.»

-¡Traidores!

-¡Calla Fernando!...

-Zulema, voy a expirar.

-«Si se atreve a blasfemar»  
prorrumpió Aliatar gritando, 1160  
«yo mismo con este hierro...

-Ven, malsín, ¿qué te embaraza?  
Hiere.

-Pronto, una mordaza,  
y amarradle como un perro.

-Antes que sufra esa afrenta, 1165  
ya el alma vuela al Señor;  
Zulema, adiós, a tu amor...

-¡Fernando!...

-Mi afán le cuenta  
a mi rey: y si algún día...  
No temas morir por él, 1170  
que aunque le llaman cruel,  
es un... ¡Dios!... ¡Zulema mía!...»

Los eunucos avanzaron  
a sujetarle insolentes,  
mas sus manos de los dientes 1175  
de un cadáver se apartaron.

El ministro del altar  
extendió el santo ropaje  
sobre el muerto, un nuevo ultraje  
resuelto a no tolerar. 1180

Zulema cayó expirante  
o muerta o desvanecida,  
con ambos brazos prendida  
de los brazos de su amante.

Gutier Alonso, Fernán, 1185  
Men Sanabria, o vos Vinuesa,  
decidme, ¿qué cerca es esa,  
que labran con tanto afán?

¿Dónde están mis servidores,  
que tan cerca de la plaza 1190  
no sale uno, y embaraza,  
las obras de esos traidores?

¿A qué tan hondo ese foso?  
¡Presumo que va de veras,  
y que nos tienen por fieras 1195  
guarecidas en el coso!

¡Haces bien, conde dichoso,  
en ir tendiendo las redes;  
y aun detrás de esas paredes  
teme las garras del oso! 1200

¡Cuando te curas hoy tanto  
de máquinas tan extrañas  
las guardadas alimañas  
te deben causar espanto!

No es extraño, que aún reciente 1205  
tendrá tu negro corcel  
la roja mancha que en él  
dejó del león el diente.

Cuando en Nájera, menguado,  
por dar a tu miedo escucha, 1210  
dejaste roto en la lucha  
tu ejército abandonado.

Bien haces, Conde, en guardarte;  
pero no sé si hacen bien  
de rey cobarde la sien 1215  
los soldados en coronarte.

Bien sabes, bastardo Enrique:  
y aunque ayer fuiste feliz  
sabe don Pedro en la lid,  
tomarse pronto despique. 1220

Si no temiera arriesgar  
mis leales, te prometo  
que en tu mismo parapeto  
la tumba te hiciera hallar.

¡Mas harta sangre corrió 1225  
de mis vasallos leales,  
para que en nuevos raudales  
prodigue la que quedó!

Hartos daños me debéis  
sólo con leer mis soldados, 1230  
pues el rigor de los hados

tan sin razón padecéis.

Os guardo cual joya santa,  
que es talismán peregrino,  
y que en mi triste destino 1235  
únicamente me encanta.

¿Aún os dura la tristeza?  
le dijo Sanabria.

-No,  
pues no dejé de hacer yo  
cuanto estuvo en mi nobleza, 1240  
que ayer aun después que os vi  
deshechos por todas partes,  
detrás de mis estandartes,  
fui el último que salí

defendiendo mis vasallos. 1245

-Cierto, aunque estabais herido,  
y aunque ya habíais perdido  
en la lucha tres caballos.

-¿Por qué entonces me acudisteis?  
¡Morir me fuera mejor: 1250  
por pagar tan fino autor  
a vivir me decidisteis!

Sin duda ya presentía  
del combate el fin sangriento;  
pues en el mismo momento 1255  
roto mi campo volvía.

¡No, no es justo galardón  
por mi vida que salváis,  
que os lleve yo a que muráis  
al pie de ese paredón. 1260

Conozco que romperéis  
por sus lanzas y sus muros;  
y en vuestros brazos seguros,  
en libertad me pondréis.

¡Pero cuántos caerían 1265  
por conseguir libertarme!  
para después consolarme  
¡Qué pocos me quedarían!

¡No: vuestra sangre es preciosa:  
ni una gota más vertida! 1270  
No la merece una vida  
tan trabajada y penosa.

¡Lo que sí al menos espero,  
es que a vuestro afecto fiel,  
no parecerá cruel 1275  
jamás el rey Justiciero!

¡Si vierais cuánto lastima

la voz de un pueblo que infama,  
y de su señor la fama  
por su mengua desestima! 1280

¡Ah! ¡olvidad por Jesucristo  
que he llegado a enternecerme!  
¡que el pueblo pudo deberme  
dos lágrimas que habéis visto!

Sí, ese pueblo es como el mar; 1285  
si encuentra débil barrera,  
apresura su carrera  
por cima sin rebramar:

mas si halla una fuerte roca,  
hasta que la vence lucha, 1290  
y eternamente se escucha  
el ímpetu con que choca.

Yo nací muralla firme;  
el mar en mí se estrelló,  
por eso cruel soy yo, 1295  
porque supe resistirme.

-No todos injustos son,  
le replicó el buen Gutier,  
pues muchos hallan placer  
en alzaros de opinión. 1300

Dejad vanas fantasías,  
que más bien pensar debemos  
en cómo os distraeremos  
de vuestras melancolías.

-Dices bien; antes que todo 1305  
es pensar en cómo estamos;  
y que todos discurramos  
de mejorarnos el modo.

Sufrir el cerco creo yo  
imposible; hasta la harina, 1310  
para acelerar mi ruina,  
algún villano maleó;

y contra el hambre jamás  
lucharán mis hombres buenos;  
que la vida tengo en menos, 1315  
y la honra tengo en más.

Sólo nos resta saber  
si hay en la gente enemiga  
algún noble que se obliga  
nuestra marcha a proteger. 1320

Y por tamaño favor  
Señor de villas le haremos,  
y a nuestra cuenta tendremos  
dar premio a su grande honor.



Vendiendo si lo requiere, 1325  
aun mi caballo y mi lanza,  
para saciar su esperanza,  
por inmensa que lo fuere.

Y porque no se dilate,  
si os parece, es gusto mío, 1330  
aunque de todos confío,  
que Men Sanabria lo trate.

Y vos esto le decid.  
Y por vuestras libertades,  
tan buenas seguridades, 1335  
en mi nombre le añadid

a quien sea: si se alcanza  
que nos favorezca alguno:  
¡mas si no encontráis ninguno  
manos nos quedan y lanza! 1340

¡Pues don Pedro, a buena ley  
os jura si no os salváis,  
aunque muy pocos muráis  
que ha de morir vuestro Rey!

- VIII -

En su tienda de campaña. 1345  
Con sus nobles caballeros,  
está el Conde don Enrique  
sus cuidados departiendo.

A juzgar por sus semblantes  
confusos, tristes, suspensos, 1350  
grave es sin duda el motivo,  
y a más de grave, en extremo  
peligroso y complicado.

No era el lance para menos;  
pues refirioles Calquín, 1355  
de Men Sanabria el convenio:  
y a esta sazón concluía

su plática en estos términos:  
-«Soria, Almazán, Monteagudo  
y otros cien hermosos pueblos, 1360  
de hoy más correrán por míos  
si pongo libre a don Pedro.

Atienza, Deza, Lerín,  
desde este mismo momento  
me rendirán pingües rentas 1365  
de su vasallaje en feudo.  
Doscientas mil doblas de oro  
castellanas, de buen peso,  
es lo menos que me ofrecen

para comprar mi silencio, 1370  
si a vuestro hermano y los suyos  
en la fuga favorezco.  
Seguras son las promesas;  
grandes las Glorias y aumentos,  
poderoso el que suplica, 1375  
casi ningunos los riesgos;  
y sin embargo es tan grande  
la lealtad con que os venero,  
que antes que vender mi Rey,  
mi propia fortuna vendo; 1380  
¡que a costa de ser traidor,  
no ansío tan alto puesto!  
Esto sabed, Rey Enrique;  
y aunque de paso, os advierto  
que cuidéis no se malogren, 1385  
(y no mancillo con esto  
de ninguno de vosotros  
el blasón y grande aliento);  
¡mas cuidado no se malogren  
vuelvo a decir, los esfuerzos 1390  
que nos costó el encerrar  
a ese león tan sangriento!  
Que si escapa de estas redes,  
aun con ser tan alto el cielo,  
para estar libre a sus iras, 1395  
por seguro no le tengo,»  
don Enrique respondió  
después de un breve momento,  
en que dejó a su sorpresa  
de desvanecerse tiempo. 1400  
-«Generoso héroe francés,  
Beltrán Calquín, mucho os debo;  
pues dádivas y fortunas  
que avasallan nobles pechos,  
sirven hoy de acrisolar 1405  
las hidalguías del vuestro.  
Esos títulos que os dan,  
esas villas y dineros,  
yo por mi parte también  
os ratifico y prometo: 1410  
y aun acrecer de mi renta  
a tan gran servicio el premio.  
Ahora bien, de vos depende  
el rendírmele completo.  
A Men Sanabria diréis 1415  
que ayuda dais a su intento;

y que de la noche apenas  
vaya la mitad corriendo,  
en vuestra tienda esperáis  
apercibido y dispuesto, 1420  
con escolta suficiente  
de jinetes y de arqueros,  
a guiar la marcha oculta  
de ilustre prisionero  
hasta el punto que eligiere 1425  
por más seguro en su reino.  
Decidle que venga solo,  
o con pocos escuderos;  
pues el número embaraza  
la utilidad del secreto. 1430  
Pero para asegurarle,  
le prometeréis resuelto  
de tener a buen recaudo  
sus capitanes guerreros,  
hasta ponerlos en salvo, 1435  
y bien cerca de su dueño.»  
-«Está bien», dijo Beltrán  
y salió del aposento;  
y don Enrique quedó,  
la emboscada previniendo, 1440  
contra el más fuerte León  
que vio el castellano suelo.

- IX -

Del castillo de San Pablo  
se oye el rastrillo caer.  
Por el puente levadizo 1445  
hasta seis hombres se ven  
que bajan a trote corto  
a los llanos de Montiel.  
La luna brilla entre nubes,  
pero con tal palidez, 1450  
que más que aclara confunde  
lo que alumbra al parecer.  
Un hombre delante va,  
y otros dos muy cerca de él;  
y detrás algo apartados 1455  
cabalgan los otros tres.  
El primero es Men Sanabria;  
le siguen Fernán y el rey;  
los otros hidalgos son  
Viñuesa, Alonso y Gutier. 1460  
Tan cerca están de los reales,

que aun en la noche, el arnés  
se divisa con las lises  
de Francia; y en gran tropel  
las mil tiendas de campaña, 1465  
de sólo el campo francés.  
-«Mal hizo en entrar en tratos  
con un extranjero infiel»  
dijo a don Pedro, Fernán.  
-«Pues yo pienso que hizo bien,» 1470  
replicó el rey; «pues no creo,  
se hallará en Castilla, quien  
sin ofenderse, escuchara  
tratos que afrentan su ley.  
Que una cosa es que vacilen 1475  
sobre el señor que se den,  
¡y otra elegirlo a su gusto  
para venderlo después!  
Esa tienda cuya entrada  
cubre rojizo dosel, 1480  
sin duda es la de Beltrán.  
¡Hoy es la primera vez  
que me aproximo a un peligro  
pensando como saldré!  
¡Y es verdad, que hoy en mi vida, 1485  
es la primera también,  
que sin mi amigo me encuentro,  
cuyo corazón fiel,  
era el refugio del mío,  
en mis tormentos! ¡No sé 1490  
si le he perdido! ¡ah! ¡Fernando!  
¡No es ingrato el rey cruel!  
¡Los amigos que me restan,  
Fernán Núñez, ya los veis!  
Mis amores se han perdido 1495  
a la sombra del placer;  
¡en fin en el mundo ya  
poco aguardo que perder!  
¡Y sin embargo, confieso  
que es hoy la primera vez 1500  
que me aproximo a un peligro  
pensando cómo saldré!»  
En esto paró Sanabria  
el trote de su corcel.  
Dos hombres se adelantaron 1505  
a su recibo, y después,  
hasta veinte más, armados  
desde el almete a los pies.

Con dos teas se acercaron  
hasta el mismo palafrén 1510  
de don Pedro, que al saludo  
les correspondió cortés.  
Y extrañando la tardanza  
de la partida, al saber  
que sólo por un momento, 1515  
y con humilde interés,  
Beltrán Calquín le rogaba  
su tienda favorecer,  
a su pabellón pasó  
aunque a despecho, y a fuer 1520  
de caballero cumplido.  
Fernán le siguió el doncel,  
y Men Rodríguez Sanabria.  
Al entrar, cruzáronse,  
las Guardias en dos hileras: 1525  
como dejando entender,  
que de allí sólo saldrían  
de sus lanzas al través.  
Conoció entonces don Pedro  
su imprudente proceder; 1530  
¡y más fiando tan sólo  
de un extranjero en la fe!  
Tarde era a volverlo atrás,  
y así adelante se fue.

- X -

El pabellón de Calquín 1535  
es una estancia ochavada,  
escasamente alumbrada,  
de una hacha mezquina y ruin.

Treinta lanzas custodiando  
están al noble caudillo; 1540  
y en un asiento sencillo  
Beltrán Calquín descansando.

Al entrar don Pedro, oyó  
revibrar una trompeta:  
se abrió una puerta secreta 1545  
y su hermano apareció.

También venían con él  
multitud de ballesteros  
-«¡Mirad,» dijo a sus guerreros:  
«ese es don Pedro el Cruel!» 1550

-«Yo soy; yo soy»: respondió  
rugiendo el León de España;  
y la tienda de campaña

en palenque se trocó.

Don Enrique de no mandoble 1555  
le dividió la mejilla;  
mas resistió el de Castilla  
como se resiste un roble.  
Y haciendo el hierro pedazos,  
ya desarmados los dos, 1560  
encomendándose a Dios,  
se vinieron a los brazos.

Ágil don Pedro y fornido  
luchaba con más despecho,  
y así despidió a gran trecho 1565  
al conde desvanecido.

Y clavando la rodilla,  
sobre su garganta real,  
le dijo con voz mortal,  
«Ya es de don Pedro Castilla.» 1570

Pero un poder sobrehumano  
detuvo el golpe de muerte,  
y entonces el Rey advierte  
que Calquín para su mano.

-«¿Por qué me apartas, traidor, 1575  
si era el duelo a buena ley?»  
-«Ni quito ni pongo Rey,  
sino ayudo a mi señor.»

Debajo puso a don Pedro:  
haciendo el cuerpo al caer, 1580  
el ruido que puede hacer  
cuando se desgaja un cedro.

Don Enrique, aún repuesto  
de su congoja, cobró  
nuevo valor cuando vio 1585  
a su rival tan mal puesto:

y el auxilio aprovechando  
del traidor Beltrán Calquín,  
puso a su combate fin,  
a su Rey asesinando. 1590

¡Tres veces crujió su acero  
al rasgar con fuerte mano,  
el corazón de su hermano,  
y del mejor caballero!

¡Y los suyos que juzgaron 1595  
saciar así sus venganzas,  
con los cuentos de sus lanzas  
el cadáver golpearon!

Y tanto espacio duró  
su feroz carnicería, 1600

que el sol del naciente día  
tamaña infamia alumbró.

- XI -

¡Aquel pueblo que tirano  
llamó a don Pedro, el Valiente,  
besó rastrero y ufano, 1605  
la diestra en sangre aún caliente  
del que asesinó a su hermano!

FIN

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

